

i¿Por qué no te callas?!

*No es lo que dices,
sino cómo lo dices*

René Peñalba

¡¿Por qué no te callas?!

René Peñalba

Derechos Reservados

©René Peñalba

Edición

Mayra Navarro

Arte, diagramación y diseño

Heber Peñalba

Las citas bíblicas, fueron tomadas de la Nueva Versión Internacional (NVI) y la Reina-Valera 1960 (RVR60).

Primera edición

Septiembre 2015

Impreso en Honduras

Editado por



ÍNDICE

- Prólogo
- Introducción

PRIMERA PARTE

- La lengua puede ser una espada aguda
- La importancia de la lengua

SEGUNDA PARTE

- ¡Que se siente solo y calle!
- Dime como hablas y te diré quien eres
- ¿Qué clase de hablar es el tuyo?
- ¡Cuidado con lo que dices!
- Argumentar sin destruir
- Sé una voz no un eco
- Saber decir lo que sientes sin destruir
- El mal de la calumnia
- ¿Cómo anda tu comunicación?
- ¿Nadie puede contradecirte?
- Echar vinagre en la herida
- ¿Sabes amistarte en tu manera de relacionarte?
- ¿Me saco la espina o no?
- Gente que apaga la voz de Dios en otros

TERCERA PARTE

- Mi comentario final

*"Aun el necio, cuando calla, es
contado por sabio; el que cierra sus
labios es entendido"*

(Proverbios 17:28)

PRÓLOGO

Sí, hablar es fácil, pero callar requiere prudencia y dominio. ¡Díganmelo a mí! que soy de las que si no saco lo que tengo por dentro me enfermo. Una de las cosas más difíciles es saber cuándo conviene hablar y cuando es mejor callar. Hay siglos de sabiduría en el saber callar.

Este nuevo libro de René Peñalba es un tratado sobre los efectos de la comunicación viciada, sobre el impacto de nuestras palabras, y nos muestra que si aprendemos a comunicarnos de manera positiva, saludable, mesurada, obtendremos buenos resultados.

Pero no está escrito desde la perspectiva del que presume, del que se ve a sí mismo como ejemplo de perfección, sino desde la óptica de quien ha padecido las consecuencias de un hablar pesado, recio, áspero.

He visto al pastor René disculparse muchas veces, regresar donde el cajero de un autoservicio o con la dependienta de una tienda, para disculparse por una palabra dicha con aspereza.

Si hay algo que aprecio de la madurez, es que con ella viene la prudencia, se va haciendo más fácil discernir, evaluar los efectos de nuestras palabras antes de hablar.

El sentido común nos va descubriendo toda una gama de pedantería en algunas formas de expresarse. Y también que ser persona de palabra acertada es algo estupendo que nos facilita la vida.

Repasando las reflexiones de grandes literatos,

como pueden ser Cervantes, Calderón, Goethe... es curioso encontrar tantos halagos a la palabra que no sale de la boca.

Es más que conocido y experimentado que nos conviene callar en una pelea verbal donde uno y otro van subiendo de tono, porque las palabras hieren. Es difícil -o casi imposible- reparar una agresión verbal; es difícil, también, contenerse y callarse en medio de una discusión. Pero no nos arrepentiremos de haber sabido callar a tiempo en momentos de acaloramiento.

"El pez por la boca muere" dice el dicho, y dice bien. El consejo viene de Voltaire: *"En la corte, hijo mío, el arte más necesario no es hablar bien, si no saber callarse".*

A veces debemos callar porque no tenemos nada que decir, porque desconocemos la materia. De lo que no se puede hablar, se debe guardar silencio.

O pasamos por momentos de debilidad o confusión, en los que es mejor dejar para otra ocasión, la intervención oral. *"Cuando tan torpe la razón se halla, /mejor habla, señor, quien mejor calla"*, escribió Calderón de la Barca en La vida es sueño.

Saber callar, saber hablar. Difícil equilibrio que retrata a la persona que tenemos enfrente.

Dice un proverbio indio: *"Cuando hables, procura que tus palabras sean mejores que el silencio"*.

De eso trata ¡¿Por qué no te callas?! De la palabra justa, de los silencios sabios, de hablar a tiempo y con mesura. No es callar para mostrar enojo o descontento, sino de hablar para construir.

Hablar tiene sentido cuando es informativo, interesante, necesario, urgente, útil, se quiere aclarar un problema o resolver un conflicto.

Estoy segura de que este libro será para usted una herramienta útil que le enseñará que hablar es un arte y callar es una virtud.

Mayra Navarro
Editora

INTRODUCCIÓN

Comunicarse no es simplemente decir algo. Comunicación es mucho más que palabras, es nuestra actitud, poder transmitir lo que sentimos, saber elegir el momento adecuado sin forzar las situaciones, no juzgar, saber escuchar e intuir el nivel de fragilidad del otro.

¿Cuántas veces hablamos con alguien sin que nos preocupe cómo está o cómo se siente?, si está fuerte o débil para recibir y comprender lo que queremos comunicar.

Saber comunicarse sin herir al otro nos ayudará a construir relaciones más abiertas, constructivas y de confianza. No todos somos iguales y no todos aguantamos lo mismo. El umbral de fragilidad es distinto en cada persona y no traspasarlo es crucial para mantener una comunicación beneficiosa, que ayude a crecer.

Hay gente más dura y gente más frágil. Personas que lo aguantan todo y personas que se rompen con poco. Es difícil ver esto a simple vista, ya que las apariencias engañan. Solo relacionándonos con las personas podemos saber hasta dónde aguantan. Hay personas de aspecto frágil que no lo son en absoluto y otras aparentemente muy fuertes que se desmoronan fácilmente.

También es cierto que cada uno de nosotros, en distintos momentos y por distintas circunstancias, variaremos nuestro nivel de fragilidad. Si estamos

dolidos, preocupados, si tenemos dentro sentimientos negativos, somos más vulnerables que habitualmente.

Sabemos decir cosas que no pensamos, pero comunicamos solo lo que sentimos. Los gestos, mirada y actitud son siempre más sinceros que las palabras. Con imperativos consejos, o diciendo las cosas de modo que nos coloquen “por encima del otro”, no vamos a conseguir una comunicación abierta.

El tono de voz revela más cosas de las que pensamos, dice más que el mero significado de la palabra. Muchas veces y, aunque no lo notemos, cuando decimos algo enviamos dos mensajes: uno con la palabra y otro con el tono en que se dice.

Nuestras palabras causan un impacto duradero, no solo para hacer daño, sino también para lograr un bien. Dios creó la lengua, y nos advierte gráficamente con respecto a su poder destructivo: Santiago 3:6, 8-10 “*Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad... es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición*”.

¿Por qué tiene la lengua un poder tan devastador? Porque expresa los pensamientos y los sentimientos del corazón, y nuestro corazón es orgulloso por naturaleza, siempre dispuesto a golpear a los demás. “*El hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca*” (Lucas 6:45).

Nos guste o no nos guste, nuestras palabras representan lo que nosotros somos en realidad. Son la expresión viviente del corazón de la persona. Por esta razón, aunque nuestras palabras tengan un

potencial inmenso para hacer daño, también tienen un potencial mayor aun para el bien.

Vivimos en un mundo ruidoso, lleno de sonidos, de menoscacios verbales, insultos, conversaciones baratas y falta de respeto, e incluso maldiciones deliberadas.

La Biblia utiliza el verbo injuriar para referirse a las personas que maltratan con sus palabras. Las injurias proceden de un corazón lleno de escarnio y desprecio. Son los que vomitan ira y odio durante un ataque verbal dirigido a otra persona. Tienen el propósito de denigrar, difamar, llenar de vergüenza, desacreditar o atribuirle a otra persona una motivación malvada o siniestra. Consiste en hablar de alguien con amargura. Otro aspecto de la injuria es el ridiculizar a alguien.

Las palabras que decimos pueden llegar a producir mucho daño en el que las escucha. Si nuestra intención no es provocar en el oyente un sentimiento de tristeza y amargura, es mejor que pensemos bien lo que vamos a decir antes de hacerlo.

¿Le ha ocurrido alguna vez que por enfado, envidia, despecho o cualquier otro motivo, ha buscado las palabras más duras para decirle a otra persona con el único propósito de hacerle daño?

Ha habido ocasiones en las que intencionadamente le he dicho a alguien algo que sabía que le iba a doler, estaba enfadado y quería hacerle daño. Pero una vez soltado, viene el remordimiento, he conseguido mi propósito, le he hecho daño, pero yo no me siento mejor, al contrario, me siento muy mezquino y desearía con todas mis fuerzas retirar lo dicho. Cuando haces esto, consigues dolor pero en los dos lados, hacia el otro y hacia ti.

La forma de evitar que te dominen las emociones es

el autocontrol y si no nos motiva el hecho de no dañar al otro, debemos ser un poco egoístas y pensar que las palabras dichas se volverán contra nosotros y el daño que queremos hacer también lo recibiremos nosotros.

Otro motivo por el que hablamos más de la cuenta es que nos gusta comentar cosas que no hacen ningún bien, que no sabemos seguro si son ciertas y que tampoco es necesario decirlas. El chismorreo es muy contagioso y lo único que puede hacer es daño.

Muchas veces, en momentos de excitación, decimos cosas de las cuales después tenemos que arrepentirnos. El hablar sin pensar y el actuar sin reflexionar pueden lastimar, herir, ofender y llevar a cometer injusticias. A veces no hay marcha atrás y lo que se dijo es irreversible.

La cólera, la ira, la falta de dominio pueden hacer que se cometan desatinos. Un romance, una amistad, la relación con nuestra familia se puede deteriorar con tan solo una palabra que se dijo sin pensar.

Así como una palabra tiene el poder de enriquecer, crear sentimientos positivos, y llenar de dicha y felicidad a una persona también tiene el poder de destruirla.

Por lo regular decimos cosas injustas e hirientes motivados por un impulso en nuestras emociones, como el enojo y el resentimiento que nos hacen perder el control sobre nosotros mismos.

Ningún libro de la Biblia denuncia el poder destructivo de la lengua como lo hace el apóstol Santiago: “Aun el necio, cuando calla, es contado por sabio; el que cierra sus labios es entendido” (*Proverbios 17:28*).

Cuando las grandes autoridades religiosas del pueblo hebreo sometieron a Jesús a juicio y buscaban falsos

testigos para poder acusarle, el Señor permanecía tranquilo.

Jesús nos sorprende con su mensaje simple pero eficiente, sabio, apropiado a cada situación y a cada interlocutor, justo, sin derroche de palabras formales y huecas, ni escatimando el diálogo y la comunicación genuinos.

Repentinamente, aparece algo extraño, incomprendible tal vez, pero impactante: el silencio de Jesús. *"Y siendo acusado por los principales sacerdotes y por los ancianos, nada respondió. Pilato entonces le dijo: ¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti? Pero Jesús no le respondió ni una palabra; de tal manera que el gobernador se maravillaba mucho"* (Mateo 27: 12-14). Jesús hizo silencio, pero dijo todo. Tiempo de hablar y tiempo de callar.

Se ilumina el escenario donde Jesús está frente a Pilato. Se escucha fuertemente el silencio de alguien que teniendo toda la razón, toda la potencia, toda la fuerza de una conciencia sin mancha, toda la autoridad para juzgar a quienes lo acusan... elige callar.

El silencio es un mensaje poderoso. Puede significar compasión y comprensión; dar espacio a otro; castigar; eludir un compromiso; impotencia o reconocimiento de los propios límites; ignorancia; culpa; etc.

El silencio de Jesús, una actitud sobrenatural: elegir callar cuando hay mucho que podría decirse. El silencio elocuente de Jesús, un ejemplo para cada cristiano.

Primera parte

La lengua puede ser una espada aguda

*"Sean gratos los dichos de mi boca delante
de ti, Oh Jehová"*

Salmos 19:14

Hay personas que se pasan la vida hablando de los demás, ofendiéndolos, desaprobándolos y denigrándolos. Algunos lo hacen conscientes del daño que van a causar y otros ni se imaginan las repercusiones de lo que dicen.

Las heridas que provocan son peores que la muerte porque van dañando el alma, el corazón, la autoestima y pueden causar otras situaciones que sin duda, marcan para siempre al agredido.

En el pasado la crítica se hacía en persona o por teléfono y se quedaba entre un pequeño grupo. Hoy día, se utilizan también las redes sociales para “tirar indirectas o directas”, por lo que el chisme llega a más personas y el daño es mayor. Y tan mal está el que hace el comentario malintencionado como el que contesta de la misma forma. No estoy diciendo que el agredido no se defienda, pero no se puede caer en el juego de dime y te diré.

Esas personas, que se empeñan en destacar todo lo negativo que hacen los demás e incluso inventan historias para difamar, tienen la autoestima

sumamente baja y necesitan ver que los demás son inferiores para ellos sentirse superiores. También, son seres con muchos complejos, frustraciones y problemas no resueltos. Gente así necesita a Dios y ayuda profesional urgente porque no son felices y no pueden hacer feliz a nadie.

Ciertamente, la lengua, cuando se mueve innecesariamente, es un puñal, las palabras que salen de tu boca pueden ser de bendición o de maldición, tú decides.

En el Salmo 57, cuando el rey David rogaba misericordia, exclamaba: *"Mi vida está entre leones; estoy echado entre hijos de hombres que vomitan llamas; sus dientes son lanzas y saetas, y su lengua espada aguda"* (*Salmos 57:4*).

En el mundo de hoy, somos víctimas de muchos que utilizan la lengua como una espada aguda. A medida que los medios de información y las personas en general se dedican más a este pasatiempo, el mal uso de la lengua parece agregar intrigas y destrucción.

Mucha gente practica este comportamiento, que se ha hecho popular, criticando a sus vecinos, a los miembros de su familia, a los servidores públicos, a la comunidad, al país, a la Iglesia. Es alarmante también observar cuán a menudo los hijos critican a sus padres y los padres critican a sus hijos.

Algunos creen que la única forma de desquitarse, de obtener atención, de llevar ventaja o de ganar, es la de criticar negativamente a los demás. Este tipo de comportamiento no es nunca apropiado. Muchas veces el carácter y la reputación, y casi siempre la autoestima, se destruyen bajo los golpes de esta práctica maligna.

Si no tienes nada bueno que decir de una persona

o cosa, no digas nada. ¡Cuánto nos hemos alejado de esa simple enseñanza! Tanto, que a menudo nos encontramos metidos en la costumbre de criticar.

Aun cuando los informes y rumores correspondientes a la deshonestidad, y al mal comportamiento de otros, siempre están disponibles y aquellos que desean herir, criticar o dañar los pueden utilizar como munición, Jesucristo nos recuerda que “*el que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra*” (Juan 8:7).

Entre nosotros todavía no hay nadie que sea perfecto; todos tenemos fallas que no son muy difíciles de detectar, especialmente si ese es el propósito. Por medio de una inspección minuciosa, se podría encontrar en la vida de casi todas las personas algunos incidentes o rasgos que serían destructivos si se agrandaran.

Se nos recuerda que Jesucristo, la única persona perfecta que ha pasado por la tierra, nos enseñó por medio de Su sereno ejemplo a no decir nada o a guardar silencio en los momentos difíciles de nuestra vida, en vez de malgastar tiempo y energías en criticar, cualesquiera fueran los propósitos.

Ninguno de nosotros necesita que nadie nos critique ni nos señale los errores que hayamos cometido ni las imperfecciones que tengamos. Por lo general, casi todos estamos ya al tanto de nuestras debilidades. Lo que necesitamos todos es una familia, amigos, empleadores y hermanos que nos apoyen, que tengan la paciencia de enseñarnos, que tengan confianza en nosotros y que crean que estamos tratando de hacer lo mejor que podemos, a pesar de nuestras debilidades.

¿Qué ha pasado con la costumbre de acallar nuestra opinión desfavorable de otras personas? ¿Por qué

no hemos de esperar que los demás tengan éxito y progresen? ¿Por qué no hemos de alentarnos los unos a los otros?

En las Escrituras se ve emerger un tema bastante común. Consideremos primero el Sermón del Monte, que, de acuerdo con nuestro conocimiento, fue el primer sermón que enseñó Jesucristo a sus discípulos recién llamados. El tema más importante del sermón, que en muchos sentidos es el mejor manual con que contamos para venir a Cristo, se concentra en las virtudes del amor, la compasión, el perdón y la paciencia; en otras palabras, aquellas cualidades que nos capacitan para tratar con nuestros semejantes en una forma más compasiva.

Consideremos en forma más específica el mensaje de Jesús a los Doce. El los amonestó diciendo “Reconcíliate primero con tu hermano” (Mateo 5:24); “Ponte de acuerdo con tu adversario pronto” (5:25); “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (5:44). Y además nos dice: “... a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra” (5:39) RVR60.

Resulta interesante ver que los primeros principios que enseñó el Señor a los Apóstoles que acababa de llamar, se concentraban en la forma en que nos tratamos los unos a los otros.

Considera esta idea un momento: la forma en que tratemos diariamente a los miembros de la familia, los amigos y los compañeros de trabajo es tan importante como algunos de los más notables principios del evangelio a los que nos gusta dar énfasis.

Imaginemos qué sucedería en el mundo de hoy si cada uno de nosotros hiciera votos de amarse,

cuidarse y consolarse el uno al otro. ilmagenen las posibilidades!

Sé tú de los que nutren y edifican. Sé de los que tienen un corazón comprensible y perdonan, de los que buscan lo mejor en los demás. Deja a las personas mejor de lo que las encontraste, sé justo con tus competidores, ya sea en negocios, deportes o en cualquier otro aspecto.

No te dejes atraer por las charlatanerías de la actualidad tratando de “ganar” por medio de la intimidación o del menoscabo de la reputación de otra persona. Extiende la mano a los que están afligidos, solitarios o cargados.

Si pudiéramos mirar dentro del corazón de los demás y entender los problemas que cada uno de nosotros tiene que enfrentar, creo que nos trataríamos mucho mejor los unos a los otros, con más amor, paciencia, tolerancia e interés.

¿Por qué? Porque aun cuando esta clase de conducta quizás no se equipare con la de caer en pecados graves, sirve para anularnos espiritualmente. El Espíritu del Señor no puede morar donde haya disputa, juicios, contención ni ninguna clase de crítica maligna.

Desde los tiempos bíblicos, Santiago advirtió sobre la necesidad de refrenar la lengua: *“Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, icuán grande bosque enciende un pequeño fuego!”*

Cuando en verdad nos convertimos a Jesucristo, cuando nos comprometemos con El, sucede algo interesante: nuestra atención se torna hacia el bienestar de nuestros semejantes, y nuestro trato con los demás se va llenando cada vez más de paciencia,

bondad, amable aceptación y un deseo de tener sobre ellos una influencia positiva. Ese es el principio de la verdadera conversión.

Abrámonos los brazos unos a otros, aceptémonos por ser quienes somos, demos por sentado que cada uno está haciendo todo lo que puede, y busquemos las maneras de dejar serenos mensajes de afecto y aliento, en vez de ser destructores con la crítica.

La importancia de la lengua

“Pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal”

Santiago 3:8

Las declaraciones de Jesús de que un hombre será o justificado o condenado por sus propias palabras, nos hacen ver cuán importante es la lengua. También tenemos la enseñanza de Santiago que dice que un hombre con una lengua desenfrenada tiene una forma de religión que es inútil y vana, pero que un hombre que puede controlar su lengua es perfecto y puede controlar su cuerpo entero.

Esto significa que si queremos ser santos, debemos tener “palabra sana e irreprochable” (*Tito 2:8*). “Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno” (*Colosenses 4:6*). En el análisis final, debemos fijar nuestra atención en Dios; porque solamente Él nos puede ayudar a controlar nuestras lenguas. “*Pon guarda a mi boca, oh Jehová; Guarda la puerta de mis labios*” (*Salmo 141:3*).

El miembro ingobernable

La lengua es el miembro del cuerpo más difícil de dominar, y tiene la posibilidad de ocasionar el mayor daño.

La manera en que usas tu lengua es un indicio bueno de tu relación con Dios. La lengua habla lo que está en el corazón. Si tú hablas mal, eso significa que hay maldad en tu corazón, “*Porque de la abundancia del corazón habla la boca*” (Mateo 12:34). “*Pero lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre*” (Mateo 15:18).

Santiago enseñó fuertemente acerca de lo que concierne a la lengua. “*Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana*” (Santiago 1:26). “*Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo*” (Santiago 3:2).

Él compara la lengua a un freno en la boca que controla los movimientos del caballo, al timón pequeño que controla a una nave grande, y a un incendio pequeño que puede ocasionar grandes problemas. La lengua puede contaminar al cuerpo entero. Solo el poder de Dios puede dominarla.

¿Cuáles son algunas de las maneras en que podemos pecar con la lengua?

Chismear

Esto es uno de los pecados más maliciosos. Puede destruir la confianza hacia otros, hacer daño a los inocentes, e impedir a los arrepentidos. La lengua divide a algunas iglesias, desalienta a los creyentes, y

desilusiona a los nuevos conversos.

La Biblia nos enseña que no debemos hablar mal de nadie, especialmente de nuestros hermanos y hermanas en el Señor. *"Al que solapadamente infama a su prójimo, yo lo destruiré"*.

La mayoría de las personas reconoce fácilmente las maldades del chisme, pero el problema es que no lo pueden identificar en sus propias vidas. Esta es un área de gran dificultad práctica en las vidas de muchos cristianos.

¿Qué significa el chisme? Básicamente, chismear significa contar cosas de una naturaleza personal, íntima, o sensacional. Incluye el hecho de esparcir rumores que pueden hacer daño a alguien, e incluye también el hecho de calumniar, es decir, contar cosas escandalosas acerca de alguien.

Note que el chisme incluye no solamente contar mentiras acerca de alguien o esparcir rumores no verificados acerca de alguien, sino que incluye también contar hechos de índole personal que el chismoso no tiene ningún derecho de dar a conocer.

Contar una verdad puede considerarse chismear si se la cuenta como un chisme a uno que no debe saber de ello.

Sembrar discordia

El tema del chisme es tan importante porque que es un medio de sembrar discordia. Sembrar discordia es una de las siete cosas que se enumeran como abominaciones. Una abominación es algo que Dios odia, y no le dejará entrar en el cielo. Sembrar discordia significa ir de persona en persona causando la aversión, la desconfianza y la división por contar cosas

confidenciales o por hacer críticas constantemente.

La persona que siembra discordia por medio de palabras es alguien que piensa que puede contar toda clase de cosas en dondequiera, a cualquier hora, y a cualquier persona.

Estos individuos repiten las cosas que oyeron en la confianza y obtuvieron mediante la amistad. No tienen miedo de criticar a nadie.

Pregunto:

—¿Te gusta chismear acerca de otros?

—¿Te gusta oír cosas malas acerca de otros?

—¿Te gusta contar todo lo que sabes?

—¿Te gusta criticar o echar la culpa a otros?

—¿Eres tú la causa de problemas y desacuerdos?

Si es así, debes tener cuidado. No importa si eres el mejor predicador en cuanto a la capacidad de hablar, si siembras la discordia, tienes problemas con Dios.

Jurar

Jesús dijo, “*No juréis en ninguna manera*” (Mateo 5:34).

—¿Qué significa esto y cuál es la razón por este mandamiento?

Jurar significa afirmar que algo es cierto, o hacer una promesa, bajo juramento. Un juramento es una afirmación o negación de una cosa poniendo por testigo a Dios. La enseñanza es que no debemos jurar por nada ni debemos obligarnos a cierta cosa o unirnos a cierto grupo por medio de un voto.

Jesús dijo que la ley permitía jurar por el Señor, pero que nosotros no deberíamos jurar por el cielo, la tierra, o aún por nuestras propias cabezas. La razón es que no tenemos el poder de cambiar ninguna de estas

cosas o de imponer nuestros votos.

Dios puede jurar por Sí mismo porque Él tiene el poder de cumplir lo que Él dice. Como seres humanos, no tenemos el poder de jurar por juramento, pero podemos afirmar que lo que estamos diciendo es cierto.

Como cristianos nuestra palabra siempre debe ser cierta, y nuestra promesa debe ser tan válida como cualquier juramento. No tenemos que usar las palabras "Yo juro" para probar que estamos diciendo la verdad

No juramos porque no podemos controlar las cosas sobre las cuales juramentamos, pero podemos asegurar que siempre digamos la verdad y que cumplamos nuestras promesas al máximo de nuestra capacidad.

El Nombre del Señor

"No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano" (Éxodo 20:7). Este mandamiento tiene que ver con nuestro amor hacia Dios. Está diseñado para enseñarnos el uso apropiado de Su nombre. Se refiere a todo uso profano, vano (inútil), trivial, e irreverente del nombre de Dios.

Incluye también cualquier abuso de Su nombre en la brujería y en las religiones falsas. Se usa apropiadamente el nombre de Dios en la alabanza, la profecía, la predicación, la enseñanza, la adoración, la meditación, y la oración. Lamentablemente, muchos cristianos ignoran este mandamiento.

—¿Cuántas veces has oído las palabras "Dios", "Señor", "Jesús", usadas en una manera inútil o ligera? Para muchos el uso de una de estas palabras es cuestión de un hábito. Si están alegres, enojados,

tristes, desilusionados, o asustados, usan una de estas palabras como una mera interposición. ¿Por qué se debe usar una palabra que se refiere a Dios en una situación así a menos que nos estemos comunicando sinceramente con Él? Esto se aplica también al uso en una manera irreverente de los cantos y las frases de adoración. Entonces ¿por qué no romper ese hábito? Puede ser que, sin darnos cuenta, estemos tomando en vano nombre del Señor.

Las palabras deshonestas

“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca” (Efesios 4:29).

Somos el templo del Espíritu Santo. No podemos permitir que los chistes colorados o sucios, las palabras deshonestas, y los gestos sucios procedan de nosotros. Las palabras que insinúan algo indecente no deben proceder de los labios de un cristiano. ¿Pueden las alabanzas y las palabras deshonestas salir de la misma boca?

“¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? ¿Puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos? Así también ninguna fuente.

Pablo nos dice que no debe haber *“ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías”* (Efesios 5:4). “Necedades” significa hablar palabras vanas o ridículas. “Truhanerías” viene de la palabra Griega *eutrapelia*, que el Diccionario Griego del Nuevo Testamento editado por Strong define como “bufonadas o payasadas, es decir algo obsceno” se refiere a palabras obscenas o vulgares.

En otras palabras, los cristianos no deben tomar parte en las historias, los cuentos, los chistes, las

bromas o los gestos.

Maldecir

“...ni los maldicentes... heredarán el reino de Dios”
I Corintios 6:10.

Maldecir significa abusar con palabras. Puede significar regañar o usar palabras duras, insolentes, o abusivas. Digo una vez más, somos el templo del Espíritu Santo. Por lo tanto, debemos tener cuidado de no seguir nuestras emociones carnales.

No hay absolutamente ninguna circunstancia en que uno se justifique en maldecir a alguien, aun cuando le ha tratado mal o le han juzgado injustamente. No podemos usar la excusa, “Bueno, todos tenemos emociones personales”, porque el Espíritu Santo nos es dado para ayudarnos a conquistar nuestras emociones carnales.

I Corintios 4:12-13 nos dice cómo debemos reaccionar cuando otros nos maldicen. Los apóstoles eran difamados, perseguidos, insultados, y tratados como la inmundicia del mundo. Su reacción era de bendecir. Pablo fue reprendido porque había injuriado al sumo sacerdote durante una interrogación por el consejo del Sanedrín. Ananías, el sacerdote, mandó que alguien abofeteara a Pablo y eso era contrario a la ley. A la vez él trató de juzgar a Pablo por la ley. En seguida Pablo le dijo a Ananías que él era una “pared blanqueada,” es decir, un hipócrita, por haber hecho eso. Cuando Pablo dijo esto, los que estuvieron presentes le reprendieron por haber injuriado al sumo sacerdote de Dios.

Cuando Pablo se dio cuenta de que Ananías era el sumo sacerdote, pidió disculpas. Él citó Éxodo 22:28

que prohíbe maldecir a un líder, y explicó que no sabía que estaba hablando al sumo sacerdote cuando habló así. O Pablo no supo a quien estuvo hablando o no reconoció la usurpación del hombre de aquél oficio. De hecho, según la historia, Ananías usurcó ese oficio del cual él había sido expulsado anteriormente por los Romanos a causa de unos crímenes.

Pablo reconoció que aunque le condenaron injustamente, no podía maldecir al sumo sacerdote, debido a su oficio. Aun Miguel el arcángel no se atrevió a proferir juicio de maldición contra el diablo cuando contenió con él, sino él simplemente dijo, “*El Señor te reprenda*”. Miguel no abusó ni aun a Satanás con palabras, porque sin duda recordó que en el principio, Satanás había sido creado como un querubín ungido.

Judas contrasta la actitud buena de Miguel con la mala de los apóstatas quienes desprecian el dominio, hablan mal de las dignidades, y hablan mal de las cosas que no conocen. Asimismo, Pedro describe a los que son apóstatas, es decir, los que se han apartado de Dios hasta el punto donde ellos no temen la Palabra de Dios. “...y mayormente a aquellos que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia, y desprecian el señorío. Atrevidos y contumaces, no temen decir mal de las potestades superiores, mientras que los ángeles, que son mayores en fuerza y en potencia, no pronuncian juicio de maldición contra ellas delante del Señor” (*II Pedro 2:10-11*).

Note que a estos no les gusta que nadie los mande. Ellos no aceptan la corrección. No tienen miedo de hablar mal de las potestades superiores. Sabemos que el temor del Señor es el principio de la sabiduría. Aquellos no tienen ni respeto ni reverencia hacia el

Señor, Su Palabra, Su iglesia, o Sus líderes que Él ha comisionado, entonces no tienen miedo de maldecir tal como la gente del mundo.

Según Pedro y Judas, estas personas deben aprender de los ángeles. Los ángeles que tienen la responsabilidad de presentar un informe a Dios sobre estos mismos apóstatas no los acusan imprudentemente ni los condenan amargamente. Ellos meramente presentan un informe de los hechos tales como son sin maldecir y sin denostar. Ellos son corteses en sus informes, aunque tienen más poder que los seres humanos.

Entonces vemos que los apóstoles, incluyendo a Pablo, y los ángeles, incluyendo a Miguel, sabían que no deberían maldecir. Pero tantos ministros y tantos creyentes no tienen miedo de hablar lo que les da la gana de las dignidades y de las potestades superiores. Los creyentes hablan mal de sus pastores, y los ministros hablan mal de otros ministros. ¿Cómo puede ser esto? Aun cuando alguien haya pecado, hay un proceso por el cual el asunto puede ser tratado ante el pastor, el presbítero, o cualquier otra autoridad.

Aun los ángeles tienen cuidado en esta área al presentar sus informes a Dios. La santidad demanda que no hablemos mal, es decir, que no denostemos a nadie. En caso de que una persona haya caído aun al pecado más bajo, no le podemos denostar. Debemos tener un cuidado especial de no denostar a los líderes. Los que denostan hacen algo que los apóstoles, Pablo, Miguel, y todos los ángeles tuvieron miedo de hacer. Debemos pedir que Dios forme en nosotros una buena actitud hacia todos.

Mintiendo y diciendo falso testimonio

“...todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Apocalipsis 21:8).

En estas y muchas otras escrituras, Dios nos muestra cuánto Él odia las mentiras. Nada que hace una mentira, sea por el discurso o la acción, entrará en la Nueva Jerusalén.

En Proverbios 6:16-19 hay una lista de siete cosas descritas como abominaciones, es decir, cosas que Dios odia. Dos de ellas son una lengua mentirosa y un testigo falso que habla mentiras. Dios quiere que cumplamos con nuestras promesas aun cuando ellas nos causen daño.

Todas estas Escrituras dicen claramente que “*el que habla mentiras no escapará*”. Mentir significa hacer una declaración sabiendo que es falsa, especialmente con el intento de engañar. Puede incluir dar una impresión falsa a propósito o confundir el asunto con el fin de evadir la verdad.

Podemos mentir aun en ciertas situaciones, por retener información que es vital para que el oír pueda comprender correctamente una situación. En otras palabras, podemos mentir si ocultamos una parte de la verdad que debe ser revelada. Podemos mentir por medio de nuestras acciones así como también por medio de nuestras palabras si a propósito engañamos o creamos una impresión falsa.

No importa cuán pequeña sea una mentira, no importa a quien se cuente una mentira, y no importa con qué propósito la mentira se cuente. Una mentira es una mentira.

Algunos creen que la historia de Rahab prueba

que el fin justifica a los medios. Ella mintió a la gente de Jericó a fin de esconder a los espías Israelitas. Sin embargo, debemos darnos cuenta de que ella era una gentil que no conocía la ley de Dios. Simplemente había oído acerca de las grandes cosas que Jehová había hecho por Israel, y tuvo fe en Él. Como resultado, ella escondió a los espías. Ella no fue salvada por su mentira, sino por su fe que fue respaldada por sus obras.

El plan de Dios era mostrar Su poder por medio de Israel para que todas las naciones, al verlo, creyeran en Él, y se salvaran. Rahab era una persona que hizo exactamente así. Si Rahab hubiera conocido la ley de Dios, Dios podría haber proporcionado una manera de salvarle a ella y a los espías sin necesidad de que ella mintiera.

Otro ejemplo del Antiguo Testamento: Abraham mintió en dos ocasiones al decir que su esposa, Sara, era solamente su hermana. Él hizo esto para que los reyes extranjeros no lo mataran a fin de casarse con Sara, quien era muy hermosa. En ambas oportunidades este engaño casi le condujo al desastre, puesto que cada uno de los reyes trató de tomar a Sara como su esposa, pensando que estaba bien. Solo la intervención de Dios hizo que ellos se la devolvieran a Abraham.

Abraham fue reprendido por su engaño cada vez, y aun fue expulsado de la tierra una vez. Estos incidentes muestran que la mentira es mala cuando se cuenta a fin de proteger a alguien, que conduce al desastre, y que Dios nos puede librar sin que recurramos al engaño. Son también ejemplos que enseñan que uno miente al decir solo la mitad de la verdad y al crear a propósito una impresión falsa, porque Sara realmente

era la media hermana de Abraham.

Como cristianos no tenemos que mentir. Si no hemos hecho nada mal, podemos confiar en que Dios nos ayude y nos protege en las situaciones difíciles.

Segunda parte

**Dime como hablas y
te diré quien eres**

¡Que se siente solo y calle!

“Que se siente solo y calle, porque es Dios quien se lo impuso”.

Lamentaciones 3:28
RVR1960

¿De dónde nace tal imperativo? Surge de la Palabra de Dios, que en el libro de Lamentaciones del profeta Jeremías, y en la versión de la Biblia Reina-Valera 60 nos dice: “*Que se siente solo y calle pues es Dios quien se lo impuso*” (*Lamentaciones 3:28*) *RVR60*.

Tal imperativo nace en el contexto de toda aquella situación que tiene abatido al profeta Jeremías: la deportación a Babilonia, la destrucción, la miseria en que se ve sumergido el pueblo de Dios, prácticamente sin saber si habrá más historia, si habrá un destino glorioso o si solamente les espera la derrota, la ignominia y la desesperanza, entonces en tono reflexivo dice: “*Que se siente solo y calle pues es Dios quien se lo impuso*”.

A veces sucede que Dios utiliza circunstancias desfavorables para nosotros, para por fin cerrarnos la boca, hacernos entrar en tono reflexivo y poder recuperarnos de todas aquellas equivocaciones de vida.

Dios es paciente, pero la paciencia de Dios no significa que va a estar eternamente esperando. Dice la Biblia que algunos tienen por tardanza lo que Dios va a hacer en un día, pero lo que se ve como tardanza, muestra la paciencia de Dios aguardando que cada individuo, que cada ser humano pueda entrar en un tono de reflexión; pero para poder llegar a ese punto tiene que callarse, sentarse y de pronto escuchar la voz de Dios y de la conciencia.

Esto se puede aplicar en muchas circunstancias de la vida, pero vale la pena siempre preguntarnos a fin de poder discernir bien esta Palabra:

¿Cuándo hay que callar? ¿Cuándo alguien debe callarse, sentarse sólo y comenzar a escuchar la voz que no está escuchando?

Hay que callar cuando se está bajo el trato de Dios. Yo he estado bajo el trato de Dios en más de una oportunidad, y sucede que bajo el trato de Dios no hay argumento que valga, no hay justificación, no hay lugar donde uno se pueda esconder.

Dice uno de los autores bíblicos, “*Si me estableciera en los extremos del mar, aun allí tu mano me guiaría... y si dijera que me oculten las tinieblas... ni las tinieblas serían oscuras para ti*”, ino hay forma de escapar del trato de Dios!

Pensemos en el hijo pródigo en medio de una porqueriza maloliente, ¿Quién iba a pensar que Dios iba hablar al muchacho en medio de esa porqueriza? Dios le habló y la voz fue: “*ve a la casa de tu padre, dile: padre, he pecado contra el cielo y contra ti*”.

—¿Qué significa esto?

Que hay que callar específicamente cuando se está bajo el trato de Dios.

Hay que callar también cuando se ha hecho

demasiado daño, vamos coleccionando daños que vamos haciendo a lo largo del camino, y hay un momento donde ya no hay más daño que coleccionar, en que los daños que hacemos rebasan todo depósito, entonces es el momento en que la vida nos pasa factura.

He vivido ya suficiente para ver gente que creía poder vivir impunemente, haciendo daño a diestra y siniestra, pero a Dios nadie puede engañarlo y todo lo que el hombre sembrare eso también cosechará. Hay un momento cuando la persona ha cometido ya demasiados errores y ha hecho ya demasiado daño; entonces la vida, Dios mismo, lo obliga a callarse y a sentarse bajo ese imperativo divino.

Otra ocasión en la que hay que callar es cuando hay demasiadas promesas incumplidas; vivimos prometiendo, prometemos al hijo, al cónyuge, al amigo, al jefe, al compañero de trabajo, al pastor, le prometemos a Dios, nos prometemos a nosotros mismos.

¿Cuántas promesas podríamos contabilizar en nuestras vidas que son promesas incumplidas? Me parece que si somos suficientemente honestos, encontraremos bastantes promesas sin cumplir en nuestras vidas. ¿Qué pasa cuando ya acumulamos demasiadas promesas incumplidas? Es el tiempo de callar, ya no más promesas, ya no más justificaciones, ya no más excusar cada promesa incumplida.

A mí la vida ya me ha callado la boca y me ha sentado en alguna ocasión. Entonces no queda más remedio que comenzar a hacer toda una evaluación, todo un inventario de vida para encontrar promesas que hicimos, sea a Dios, sea a nosotros mismos, sea a personas muy significativas, o a otras personas

alrededor.

¿Cuándo hay que callar? cuando es tiempo de humillarse. Dice en el Nuevo Testamento de la Biblia “*Humillaos pues a la poderosa mano de Dios para que él os exalte cuando fuere tiempo*”. Hay tiempo para todo, incluso a veces hay tiempo para el orgullo, pero cuando es tiempo de humillación, es tiempo de callar.

Lo peor que un individuo puede hacer es estar hablando en el tiempo de humillación, estar aconsejando a otros, estar argumentando de alguna forma cuando es tiempo de humillarse.

¿Será que para ti ya no es tiempo de altivez, tiempo de orgullo, de autosuficiencia, sino que es tiempo de humillación? Tiempo de humillación significa tiempo de guardar silencio.

Hay que callar cuando se está cosechando lo que se sembró. “*No os engañéis*” dijo Pablo en su carta a los Gálatas, “*No os engañéis, pues Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare eso también segará*”; si siembra odio cosechará odio, si siembra rechazo cosechará rechazo, si siembra crítica cosechará crítica, si siembra enemistad cosechará enemistad.

Dice la Biblia que con la medida que medimos a los demás con esa misma medida seremos medidos. Cuando ya te tocó estar cosechando la mala semilla que sembraste, en ese tiempo de cosechar es tiempo también de callar.

—¿Hacemos esto por nuestra propia decisión?
¿Hacemos esto dando nosotros el primer paso?

No, sucede que Dios tiene que utilizar circunstancias de la vida para de alguna manera amordazarnos, es Dios diciéndonos: *¡Por qué no te callas!?*

Dios permite circunstancias complicadas para

nosotros y nos sienta. Dios utiliza situaciones para sentarnos solos y hacernos callar.

—¿Ayuda callar? Sí, cuando es para arrepentimiento. La persona arrepentida calla, ¿cómo tú vas a mostrar arrepentimiento argumentando aquí y allá? frente a situaciones ante las cuales tú tienes que decir simplemente como dijo el rey David cuando pecó: “*Pequé contra el Señor*”, o como dijo el hijo pródigo: “*Padre he pecado contra el cielo y contra ti*”.

Hay momentos que son para arrepentimiento, donde uno dice: “aquí sobran las explicaciones, aquí no es lo que yo tenga que decir, lo que yo tengo que prometer, lo que yo tengo que explicar”.

No, cuando se está arrepentido la tendencia es quedarse callado, y es allí donde me digo que es uno de los signos del arrepentimiento; la persona arrepentida habla menos, la persona que no está arrepentida habla más de la cuenta.

—¿Ayuda callar? Sí, cuando es para acudir a Dios. La oración básicamente es hablar con Dios, pero es la oración de ponerse sobre las rodillas, o hundir el rostro entre las manos y no decir nada, simplemente decir: “Dios, tú me conoces, ni siquiera ha salido la palabra de mi boca y ya tú la conoces toda, tú conoces mi sentarme y levantarme”.

Yo diría que vale la pena que una persona se quede callada y se siente a solas si es para abrirle su corazón a Dios.

Dice la Biblia “*al corazón contrito y humillado no despreciarás*”; entonces ayuda callar y sentarse a solas cuando es para oír a Dios

Sí ayuda callar y sentarse a solas también cuando es para buscar correctivos. Yo me siento en un lugar donde no puedo ser interrumpido y comienzo

calladamente a pensar, y si es posible escribir en algún lado, qué correctivos aplicar, qué errores cometí, qué cosas expresé mal en términos de palabras, de las decisiones que tomé, qué actitudes erróneas tengo, cuáles son mis debilidades ocultas, cuáles son mis pecados.

Cuando es para buscar correctivos vale la pena callar y sentarse a solas, creo que en medio del bullicio, en medio de muchos argumentos, difícilmente vamos a aplicar correctivos.

Ayuda callar y sentarse a solas también cuando es para meditar en el consejo recibido. ¿Cuántas personas te han estado hablando? ¿A cuántas personas Dios ha estado utilizando para filtrar un consejo, un deseo de cambio?

Tú no has estado escuchando, entonces Dios de alguna manera te obliga y te sienta a solas y te hace callar para que de repente pienses: ¿Qué consejo me han estado dando y no he estado yo escuchando?

De pronto te dices:

—El pastor me lo dijo, mi madre me lo dijo, mi cónyuge me lo dijo, y ninguna de estas voces escuché.

Ayuda callar y sentarse a solas sí, cuando es para buscar restauración. Me parece que todo proceso de restauración requiere un callar y un meditar y observar a solas.

¿Han leído el libro de Nehemías? Nehemías tuvo una gran misión encomendada por Dios: volver a Jerusalén y restaurar los muros caídos, las puertas quemadas en toda aquella destrucción.

Cuando volvió a Jerusalén, dice el relato que salía de noche a solas en su cabalgadura y se dedicaba a observar la destrucción, los muros, las puertas quemadas, ¿sabe que era un callar para restauración?

No conozco, y soy consejero pastoral certificado, no conozco a una persona que haya restaurado algo valioso en su vida, relaciones, matrimonio, que no haya tenido que pasar una temporada callado, meditando, observando, viendo cómo puede restituir, si todavía se puede, y restaurar.

Dime como hablas y te diré quién eres

“Mi boca expresará la verdad, pues mis labios detestan la mentira”.

*Proverbios 8:7
NVI*

Habrá escuchado el dicho “dime con quién andas y te diré quién eres”, pero no es necesario observar las relaciones y asociaciones de un individuo para determinar qué clase de persona es, qué moralidad es la suya. Con escuchar a esta persona hablar, con eso basta.

Cierto es entonces que nuestra manera de hablar descubre nuestra verdadera personalidad, nuestra verdadera persona interior. La manera de hablar descubre lo que hay en el corazón de las personas, Jesucristo dijo “*del corazón salen los malos pensamientos, las malas conductas, las malas actuaciones*”.

En Proverbios 8:7 se expresa lo siguiente: “*Mi boca expresará la verdad pues mis labios detestan la mentira*”.

Este texto es de una extraordinaria profundidad, aquí se está indicando con toda claridad que tú no puedes expresar la verdad mientras abrazas la mentira;

para poder expresar una verdad necesitas detestar la mentira y si tú expresas la mentira es porque detestas, aborreces o has abandonado toda forma de ver la verdad.

Siempre nuestra boca termina indicando con claridad quién es el que vive dentro de cada uno de nosotros, es como si esas palabras fuesen como banderas, que con toda claridad ponen de manifiesto cuál es la nacionalidad moral que tenemos.

Demostremos esta afirmación con lo siguiente: si hablas irreflexivamente demuestras que eres un insensato, la persona que no se detiene mucho en sus palabras, que usa de manera descuidada e irresponsable sus palabras y argumentos, esta persona no es nada más que una insensata.

Un insensato no piensa el efecto de sus palabras, no piensa el contenido de sus palabras, no piensa lo que pueden acarrear sus palabras. Así que si tú hablas de manera irreflexiva ya sé quién eres, y ya se sabe cómo eres, verdaderamente un insensato.

Si hablas de manera fluctuante se sabe que eres un inconstante; las personas inconstantes fluctúan en sus criterios. Su opinión es de una forma, pero como su pensamiento fluctúa con demasiada frecuencia, con esto cambian también sus opiniones, cambian sus criterios.

La Biblia se refiere al individuo fluctuante como un hombre que es como llevado por las olas del mar, de un lado para el otro, y se le llama un inconstante en todos sus términos y dice: “*No piense tal persona que recibirá cosa alguna de parte de Dios*”.

Si tú hablas de manera fluctuante, si tú eres un individuo en el que no se puede confiar, en términos de criterios y opiniones, entonces demuestras con esto

que eres un hombre o una mujer inconstante, que según dice la Biblia, no cuenta con el favor de Dios.

Si hablas con temor demuestras que eres apenas un cobarde. Hablar también reclama nuestro valor, reclama valentía porque el hablar tiene un costo, no podemos nosotros asumir que podemos expresar opiniones, que podemos expresar criterios y que nada sucederá, la gente reacciona a la manera de hablar de su prójimo, siempre tiene un costo.

Habrá alguien a quien no le guste tu opinión, que no guste de tus palabras, no comparta contigo un punto de vista, pero no te queda más remedio que expresar tu opinión porque para eso vivimos en sociedad, para expresar cada quien libremente su opinión, no necesariamente poniéndola sobre otros, pero si expresando libremente lo que se piensa.

Si hablas de manera complaciente, si te dedicas a quedar bien con todo el mundo entonces te diré quién eres: eres falto de carácter, porque en este mundo no se puede complacer a todas las personas, no se puede quedar bien con todos, ini siquiera intentarlo!, la persona que quiere quedar bien con todo el mundo termina mal con todos.

La complacencia sólo es válida en determinados contextos, en determinados escenarios de relación. La complacencia es importante frente a tus seres amados, y tiene que ser una complacencia con límite, porque tú no puedes complacer los caprichos de otra persona. Puedes complacer sus legítimos deseos, aspiraciones, peticiones y expectativas, pero no puedes complacer a una persona caprichosa que lo único que quiere es mantener esclavizadas las voluntades a su alrededor.

Por eso digo que la complacencia tiene su lugar muy específico y sus claras limitaciones, pero de allí

en adelante hablar de manera complaciente solo es demostrar falta de carácter.

—¿Qué es el carácter? es la marca indubitable de quién eres y cómo es tu prosa. Los seres humanos vamos dejando la marca, la huella de cada individuo y esa marca tiene que ver con nuestra forma de ser, de pensar, de actuar, todo eso se encierra en lo que llamamos la personalidad del individuo.

La persona que carece de carácter es complaciente con todo el mundo porque teme exponer su propia personalidad, teme poner en evidencia sus verdaderas ideas y por eso le resulta más fácil, y más barato, aunque al final más caro, complacer a todo el mundo, intentar quedar bien con todos.

Si hablas sin fe demuestras que eres un pesimista, el pesimismo está emparentado con la incredulidad y la incredulidad no es nada más que la carencia de fe; la fe es la seguridad de que las cosas cambiarán, la fe es la certeza de que hay un Dios que puede intervenir en el peor momento tuyo y mío.

Yo me pregunto:

—¿Será posible mantenerse en pie sin tener alguna clase de certeza?

—Definitivamente no. La persona que no tiene alguna certidumbre se cae en pedazos.

Aprende a hablar con consideración; considerar a alguien es pensar en las personas primero, antes de emitir un veredicto, antes de emitir una opinión, antes de soltar una palabra.

—¿Cuántas personas han sido afectadas por las palabras de alguien más?

He estado 40 años interactuando en el escenario del mundo espiritual, del mundo eclesiástico; ¿Cuántas personas? ¿Cuántas iglesias? ¿Cuánta obra de Dios ha

sido dañada por la opinión irresponsable de aquellos que primero dicen y luego averiguan?, que primero dicen y luego se dan cuenta de su error; y después tienen que recoger los pedazos, producto de su forma de hablar.

Necesitas hablar con consideración, considerar primero a los demás: qué van a significar a los demás tus palabras, tu opinión, cada criterio, cada palabra que tú sueltes.

Te pregunto esto:

—¿Hablas con consideración o eres alguien totalmente desconsiderado con los demás?

También es importante hablar con modestia, la persona modesta es inofensiva con sus palabras porque su modestia quita el filo, el veneno, la toxicidad.

Es un hablar que no golpea, no sangra, no enferma, no contamina.

Si tú hablas con orgullo careces totalmente de modestia en el hablar, eres una persona que habla impulsivamente, impunemente, una persona que lleva y trae como suele decirse. Si eres una persona que critica, que murmura, que lleva rumores, que lleva chismes, eso significa que eres una persona de baja estola, una persona incluso peligrosa para los demás.

Debes aprender a hablar con mesura, mesura significa límite, moderación, control, gobierno, dominio propio, las palabras definitivamente deben tener límite.

Me da pesar ver cómo hablan ciertos individuos, no conocen los límites en sus palabras, se extralimitan de manera vulgar, vergonzosa, no se dan cuenta lo miserables que quedan a ojos y a juicio ajeno y ellos creen, eso es lo más triste, que merecen aplausos,

admiración y lo que merecen es lástima por la manera en que hablan.

No conocen la sabiduría, la ponderación, la prudencia, estos no han aprendido lo que es medida. Pero si tú quieres hablar para bien, tienes que decirte:

—Yo debo tener un límite donde quiera que esté, no importa la confianza, ni el ambiente, ni la libertad, tengo que ponerle límite a mis palabras y mis palabras deben ser dichas con medida.

Debes aprender a hablar con respeto, San Pablo dijo: “*pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra*”. Las personas deben ser dignas del tributo por parte nuestra, o sea que debes tener en cuenta la dignidad de las personas, no puedes ofender a las personas.

Escuché a un honorable político respondiéndole a alguien lo siguiente:

—Cuando falta la inteligencia no queda más que hablar con ofensas.

Y me pareció extraordinaria esa respuesta, y la aplaudo aquí y en cualquier lugar porque efectivamente las personas que hablan con respeto suelen ser personas inteligentes, que van a esgrimir argumentos sobre situaciones, no van a atacar personas.

Se atacan las ideas, las causas, hasta el Evangelio como Palabra, estilos de vida, formas de pensar, maneras de ser, las palabras nunca deben atacar personas, por eso el predicador equilibrado suele decir que Dios odia el pecado pero ama al pecador.

Se predica contra el pecado pero jamás hay que criticar al pecador de manera directa, jamás un predicador equilibrado va a golpear con su palabra

al pecador, porque estaría saliéndose de la esfera del respeto, lo cual es parte esencial del Evangelio.

¿Qué clase de hablar es el tuyo?

*"Las palabras del malvado son insidias de muerte,
pero la boca de los justos los pone a salvo"*

Proverbios 12:6
NVI

Vale la pena poner alguna especie de grabación de lo que nosotros hablamos, para ver qué clase de uso estamos haciendo de este gran instrumento como es la palabra hablada.

¿Será que tu hablar es un hablar que está creando bastantes conflictos a diestra y siniestra?

¿Será que tu hablar tiene a tu familia resquebrajada?

En Proverbios 12:6 dice: *"Las palabras del malvado son insidias de muerte, pero la boca de los justos los pone a salvo"*. Noten que nuestras palabras pueden ponernos a salvo, pueden bendecir nuestras vidas, pero también, dice el texto, pueden tornarnos en malvados, insidiosos.

Pongámonos el grabador de nuestra autocrítica, como para poder descubrir, de qué manera nuestro hablar es un hablar perjudicial, no sólo para los demás sino también para nosotros mismos, y proceder a hacer los cambios, los correctivos necesarios.

¿Cómo podemos saber que el hablar de una persona

es un hablar saludable, balanceado, constructivo?

El hablar es sano cuando lleva buenos motivos de fondo. ¿Qué es lo que legitima nuestras palabras o las hace censurables? Nuestro motivo.

Yo creo que no somos expertos en comunicar, nadie nace con esa experticia, en el camino cometemos errores; a veces decimos algo que queríamos expresar de un modo pero a falta de mejores palabras lo expresamos torpemente, todo eso se puede comprender.

Pero cuando el motivo es insano, está corrupto, pervertido, allí el hablar ya no es sano, por eso ante nuestras palabras y las palabras de quienes nos rodean, lo primero que debemos preguntarnos es: ¿Qué motivos hay de fondo?

Preguntarnos acerca de la motivación nuestra y la de los demás es válido cuando se trata de lo que estamos emitiendo y lo que estamos oyendo por parte de los demás. Si llego a la conclusión de que mis motivos son egoístas, mezquinos, enfermizos, malignos, por buena que parezca la palabra, hay contaminación.

Y si mis motivos son buenos, bien intencionados, con el mejor deseo, aunque la palabra sea torpe, es buena, y termina sanando esa palabra dicha con torpeza. ¿Te das cuenta de la importancia de los motivos en relación a nuestro hablar?

El hablar es sano cuando es un hablar educado. Necesitamos educar nuestra mente, nuestro raciocinio, nuestra intelectualidad, nuestra boca, necesitamos educar nuestras palabras.

¿Cuántos de nosotros crecimos en lugares con mucha destructividad verbal? Se les golpeaba la autoestima con palabras, se infligían heridas con palabras, se golpeaban los sentimientos con palabras.

Muchos venimos de hogares donde la palabra se utilizó como un hierro candente para marcar a las personas, ¿Y cuántos quedamos marcados precisamente por palabras que escuchamos? Palabras que se nos dijeron, ya sea por descuido o simplemente por no tener educada la boca.

¿Y qué pasa? Crecimos y replicamos el mismo modelo, y no educamos nuestro hablar, y nos tornamos padres y madres de riesgo, hijos de riesgo, ciudadanos de riesgo, cristianos de riesgo. He visto gente que tiene una Biblia en la mano pero que tiene una lengua maligna.

El hablar es sano cuando es un hablar educado, ¿qué significa esto? Eduquemos nuestra lengua, nuestras palabras, al hacer eso nos hacemos un favor a nosotros y a aquellos que interactúan con nosotros, que hacen parte de nuestra vida.

El hablar es sano también cuando es un hablar mesurado, comedido, con límite, ¡Qué importante es esto!

Hay quienes sienten la necesidad de que todo lo que piensan lo tienen que decir, y así como lo piensan así lo dicen. Hay que diferenciar entre una persona que habla con franqueza y una persona que habla con descuido.

La persona que habla con franqueza puede que esté haciéndole un favor a los demás, porque yo creo que ya basta de hipocresía, que necesitamos hablarnos con franqueza unos con otros; pero entre hablar con franqueza y hablar de manera desproporcionada, desmedida, desmesurada, hay una gran diferencia. No confundas franqueza con falta de mesura, con una desproporción alarmante en tu manera de hablar.

También un hablar es sano cuando es un hablar

esperanzador. Hay gente que se especializa en desanimar a los demás, robarles esperanza, robarles la fe. Hay personas que se especializan en incendiar la fe de otras personas, les gusta traer destructividad, desánimo.

Tenemos que apartarnos de esa actitud de vida y comenzar a poner esperanza en nuestras palabras, no poner desánimo, destructividad, frustración; poner esperanza en nuestras palabras. Si fuésemos más esperanzadores tendríamos mejores hijos, mejores matrimonios, tendríamos una mejor sociedad.

Las sociedades más retrógradas, más primitivas y cavernarias, tienen como denominador común que son sociedades donde el hablar es pesado, es destructivo, es venenoso, es contaminante.

El hablar es sano también cuando es un hablar que dignifica. Veamos nuestra sociedad, la gente se denigra una a otra constantemente; la política por ejemplo, es un escenario donde denigrar se ha legitimado, parece que denigrar es lo mejor para poder moverse dentro de esos escenarios tan complejos como son los escenarios de la política.

De 10 políticos que hablan, uno significa, los demás denigran, salpican, destruyen, los demás arruinan. Estas personas debieran de quedar en una total mudez porque no le están haciendo bien a la sociedad, tiene que ser nuestro hablar un hablar que significa.

¿Qué tenemos enemigos? Todos creo que los tenemos, ¡Hasta Jesucristo los tuvo!, pero frente a un enemigo no tenemos porqué denigrarlo.

Tú puedes dignificar a tu enemigo; el hecho de que alguien no te quiera no significa que vas hablar mal de esa persona, que vas a denigrar esa persona. Tú dignifica esa persona ¿y que va a pasar? Esa persona

se va asombrar, va a decir:

—Yo lo estoy tratando tan feo y él me trata tan diferente.

De eso se trata, de hacer este mundo mejor, y mucho de eso está en poder de nuestros dichos.

Y de pronto no eres tú quien debe contestar solamente, de pronto indaga qué dicen tus hijos de ti, qué dice tu cónyuge, tus amigos, tus vecinos, tus compañeros de trabajo, qué dice una iglesia de tí. Si tú eres el último en responderte a esto, yo te aseguro que muy anticipadamente ellos respondieron por ti, pero eso no te exime de tener que responderte a viva voz ¿qué clase de hablar es el mío?

Las personas que aprendieron a educar sus palabras y aprendieron a hablar y a comunicarse de manera mesurada y correcta, estas personas tienen más probabilidades de estar a salvo, y las personas de hablar descuidado, las personas que guardan mucha malignidad en sus palabras, estas lo que tienen como mayor probabilidad es destructividad y muerte.

No lo dice René Peñalba, lo dice Dios en su Palabra, y será decisión de cada uno si sus palabras son insidias de muerte, o a la postre le pondrán a salvo, y de repente ponerse a salvo no sólo en circunstancias de esta vida, sino a salvo de manera eterna.

¿Sabía usted que uno recibe salvación eterna con lo que confiesa con su boca? ¡Por supuesto! Dice el apóstol Pablo que “*Si confesares con tu boca que Jesucristo es el Señor y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos entonces serás salvo*”. La boca nos mete con boleto en mano al cielo, o con boleto en mano al infierno.

¿Qué es un hablar enfermizo? En primer lugar cuando es un hablar ponzoñoso ¿y qué es la ponzoña?

la ponzoña son palabras o prácticas nocivas y perjudiciales a las buenas costumbres, ¿hay ponzoña en tus palabras? pregúntatelo con verdadera valentía, en tono enérgico:

—¿Hay ponzoña en mis palabras? ¿Son de una persona que sabe reclamar correctamente? ¿Sé opinar correctamente? ¿Sé dirimir asuntos correctamente? ¿O soy una persona ponzoñosa?

Aquí no importa de lo que estemos hablando, puede ser de un partido de fútbol, ¿es ponzoña lo que sale de mi boca? Pienso en mi país, ¿ponzoña sale de mi boca? Pienso en las instituciones sagradas, ¿ponzoña sale de mi boca?

En segundo término un hablar es enfermizo cuando es un hablar resentido. ¡Cómo le tiembla literalmente a los resentidos sociales! Los resentidos sociales, no todos por supuesto, hay honrosas excepciones, pero la mayoría de ellos son personas que no saben trabajar, que en nombre de alguna injusticia prácticamente se convirtieron en un estorbo para el desarrollo de una sociedad, en un germen, una bacteria del maligno.

Dentro de una sociedad, sea esa sociedad un pequeño círculo familiar, un centro de trabajo, una sociedad como un colectivo general, creo que todos nos resentimos alguna vez con la vida.

Yo he sufrido injusticias alguna vez, pero habiendo sufrido injusticias alguna vez me dije a mismo:

—Jamás me voy a permitir hablar como un resentido desde mi púlpito y desde mi cátedra.

¿Cuántos pastores se paran en un púlpito para llenar de veneno, vomitar enfermedad sobre feligreses que ingenuamente se beben el vómito?

Tenemos que ser responsables y aunque nuestro corazón se resienta en algún momento, no

necesariamente nuestro hablar, nuestra ideología, se debe contaminar por el resentimiento. Hablemos de justicia pero no de resentimiento, hablemos de dar a cada quien lo suyo, pero no nos convirtamos en verdaderos resentidos dentro de un círculo y escenario de relaciones, donde el resentido prácticamente se vuelve una espina molesta a todos los demás.

Un hablar es enfermizo también cuando es un hablar contencioso. Con el contencioso ni una taza de café, ¿por qué?, porque dice la Biblia que uno debe estar bien claro, entendido, con quien se sienta hablar, porque no podemos darnos el lujo de tener comunión con personas contenciosas.

La persona contenciosa es una persona maliciosa, cargada de maldad, de odio, su fin es destruir, es separar, es arruinar. El contencioso, no se engañen, tiene solamente fines destructivos; al contencioso no hay que prestarle oídos, no hay que darle de nuestro tiempo, no hay que prestarle atención, al contencioso hay que ponerlo de lado. Y si bien es cierto que no debemos discriminar a personas por razones inválidas o ilegítimas, tampoco significa que debamos tener comunión con personas contenciosas que sólo van echando enfermedad y contaminando las atmósferas a su paso.

Un hablar también es enfermizo cuando es un hablar pesimista; con los pesimistas tampoco hay que juntarse porque esas actitudes se contagian. Si tú vives oyendo todo el día la commiseración de la persona, el pesimismo de la persona, tarde o temprano te volverás pesimista.

Cuando nos despertamos cada mañana y abrimos los ojos, ivolvimos a nacer! y la posibilidad de enderezar lo torcido, de sanar al enfermo, de recuperar lo

perdido, está vigente, pero el problema es que si estamos en contacto constante con un pesimista eso se logra transmitir.

Otra forma de hablar enfermizo es un hablar malicioso. La malicia es infernal, es satánica; se lee en los Evangelios que se acercó un hombre y para someter a prueba a Jesucristo le preguntó si no era ilegítimo sanar en día de reposo, y eso no es un caso aislado en los Evangelios, en varias ocasiones personas se le acercaron a Jesucristo para ponerlo a prueba.

Hay gente maliciosa, sospechosa, que te dice una cosa para ver que te saca, hay gente que se dice:

—Le voy a tocar este tema a ver con qué me sale.

No podemos caer por inocentes en las garras de un malicioso, que nos va a hacer una pregunta para que nosotros cometamos el error de responder lo que esa persona necesita, para luego con esa respuesta nuestra hacer toda una historia.

¡Cuidado con lo que dices!

"En la lengua hay poder de vida y muerte; quienes la aman comerán de su fruto".

Proverbios 18:21
NVI

No es fácil administrar nuestras palabras ¿no es cierto? Y como dice un autor de la Biblia, todos ofendemos muchas veces. Sí, ofendemos con palabras, con acciones y creo que no hay ninguna persona, que no pueda, en su historial personal, encontrar cualquier cantidad de ocasiones en las que defraudó, desilusionó, maltrató a otras personas, en razón de su forma de hablar, en razón de sus palabras.

Proverbios 18:21 nos dice: *"En la lengua hay poder de vida y muerte"*. Nosotros podemos impartir vida a nuestro alrededor, sobre todo a quienes están a nuestro alrededor, podemos impartir verdaderamente destrucción y muerte, y sigue diciendo el texto *"quienes la aman, comerán de su fruto"*.

El que ama hablar demasiado, el que se ufana de hablar de todo frente a todos y sin discernir prudencia ni ocasión, terminará comiendo de sus frutos. Y de esos frutos negativos comen muchas personas hoy día, que no supieron ponerle freno a sus palabras.

Creo que cabe muy bien hacernos la siguiente interrogante:

—¿Cuándo las palabras imparten muerte? ¿Cuándo las palabras traen muerte?

Creo que vale la pena revisarlo al observar nuestra conducta, nuestra manera de ser y particularmente nuestra manera de hablar, puede ser que estemos impariendo muerte sin darnos siquiera cuenta.

Las palabras traen muerte cuando están cargadas de odio, son como proyectiles que impactan en la humanidad de otros congéneres nuestros. Y las palabras se prestan para ser un vehículo ideal para aquellos que quieren transmitir odio.

Fijémonos solamente en términos de sociedad, ¿Cómo personas, escudándose en nombres falsos, esparcen maldad? Tiran veneno por todos lados y estas son palabras que imparten muerte. Lo que no sabe la persona que utiliza sus palabras como vehículo del odio y la maldad, es que todo esto trae un efecto “boomerang” y retornará sobre ella.

Dijo Jesucristo que con las palabras con que midan a otros ustedes mismos serán medidos, entonces como que es mal negocio a final de cuentas, usar nuestras palabras para transmitir odio y maldad.

Las palabras traen muerte también cuando incendian la fe de una persona. Hay individuos tan malignos, que les agrada destruir la fe a otros: les contradicen su fe, les contrarían su fe, les hablan mal de la Palabra de Dios, de las iglesias, de los ministros, sean estos pastores o sacerdotes, terminan constituyéndose en el emisario del mismo maligno. Esas personas no se dan cuenta de que se alejaron tanto de Dios, que se terminaron tomando de la mano de Satanás.

Entre los cristianos, y particularmente entre nosotros

pastores y ministros, nunca debiéramos de hablar mal de otros ministros, de otras iglesias, sólo para conseguirnos algún feligrés que anda rebotando cerca de nosotros.

Conozco el caso de una persona que prácticamente ha llenado su iglesia a base de hablarle mal de ciertos pastores y de cierta iglesia, a las personas.

Yo digo: la gente va donde quiere, las ovejas no son vacas que están marcadas con un hierro candente dispuestas en un corral, las ovejas son las obras del Señor, ninguna persona y ninguna iglesia debe creerse dueña de las ovejas, ese no es el cuestionamiento. El cuestionamiento es la actitud maliciosa de esta persona, que se da el trabajo de buscarlos, hablarles mal de sus pastores, hablarles mal de esa iglesia, para que se vayan a su congregación.

Las palabras además traen muerte cuando promueven celos y contiendas, nuestra boca, nuestras palabras, no deben ser promotoras de contiendas, de celos.

¿Sabía usted que todo lo que ha sido creado, a excepción del ser humano, todo fue creado por la Palabra Dios? Todo fue creado con la Palabra de Dios expresada. ¿Por qué las palabras tienen poder y no se necesita ser Dios para qué algo que dices traiga un impacto?

Lo que estoy diciendo es que las palabras originalmente no fueron creadas para que nosotros las usemos para generar celos, contiendas, divisiones, odio, ¡No! La palabra no fue creada para eso y la desgracia de la humanidad y esa patética decadencia que vemos en la cultura planetaria, se debe precisamente a que las palabras se utilizan con otros fines. Si los seres humanos usáramos mejor nuestras

palabras, les aseguro que el mundo sería una cosa completamente diferente.

¿Cuándo las palabras traen muerte también? cuando son vehículos de mentira. A la mentira una especial dedicatoria, porque el padre de la mentira es Satanás y las personas cuando usan la mentira prácticamente están siendo adoptadas por un nuevo padre: Satanás, que es el padre de la mentira.

Las palabras traen muerte además cuando tienen como motivo desprestigar. Desprestigar es tan viejo como la humanidad misma; eso de las intrigas, del desprestigio de una persona para ganarle una batalla de alguna índole, ha sido utilizado hasta el hartazgo por los seres humanos.

Creo que el que desprestigia terminará siendo víctima de sus propias malas artes, no podemos nosotros utilizar maniobras y herramientas malignas, malsanas, como es el desprestigar a otras personas; y también aquellos que están desprestigiando a alguien, todos esos están condenados a tener el mismo fin: serán pasados a filo por las mismas armas verbales que ellos utilizan.

Yo creo que tener diferencias es natural, es aceptable que las tengamos, pero eso no significa que tengamos que usar palabras denigrantes, que no estemos dispuestos a enseñar a nuestros hijos a usar bien sus palabras.

El ser humano perdió la capacidad de comunicar, escuche las groserías que se dicen en la televisión, en las películas, lo que antes jamás se escuchaba, hoy día escucharlo en boca de un actor es una cosa constante; la gente vive maldiciendo, diciendo palabras soeces, es difícil ver una película sin escuchar por lo menos cien groserías, y eso en la vida real es exactamente

lo mismo, la gente está trayendo destrucción con sus palabras.

En un total contrasentido pregunto:

—¿Cuándo las palabras traen vida?

Dice la Biblia “*sea vuestra palabra sazonadas con sal para que sepáis cómo debéis responder a cada uno*”, nuestras palabras deben llenarse de gracia, debemos decidir:

—En lugar de criticar voy a opinar, en lugar de maldecir voy a exhortar, en lugar de desprestigiar voy a confrontar legítimamente con palabras.

Cuando les hablo de abstenernos de expresar palabras que traen muerte no estoy diciendo que nos volvamos unos santurrones, lo que estoy diciendo es que uno puede decir la verdad sin armar un incendio, una gran destrucción; uno puede exhortar, confrontar, opinar, decir, pero ¿por qué tenemos que meterle gasolina a nuestras palabras?

Hay gente que cree a pies juntillas que si sus palabras no derrumban algo nadie les va hacer caso. Eso es una seria equivocación en términos de percepción, tú dilo en forma correcta y no perderás el poder de tus palabras.

En segundo término, ¿Cuándo las palabras traen vida? Cuando son palabras salvadoras. Nuestro ejemplo en términos de palabras salvadoras es Jesucristo: “Vete y no peques más”, a una mujer sorprendida en el acto mismo de adulterio. “¿Quieres quedar sano?” a un paralítico. “Tu fe te ha salvado” a una mujer con un flujo de sangre de alrededor de 12 años o más, que simplemente le tocó el borde de su vestidura.

Jesucristo tuvo palabras duras y de reproche para la clase religiosa de su época, a ellos los llamó hipócritas, los llamó sepulcros blanqueados que por fuera se ven

muy bien pero por dentro están llenos de huesos de muertos, por eso es que la clase a la que yo pertenezco, la clase religiosa, tiene que reflexionar seriamente, porque nosotros, consciente o inconscientemente, no hemos estado dando los signos correctos, y yo creo que nosotros no podemos ponernos al margen sino que meternos en el grueso de la gente y aprender a decir “mea culpa” Señor.

Cueste lo que nos cueste renunciemos a palabras que no edifican, a palabras enfermizas y hagamos que nuestras palabras sean como estamos diciendo, palabras que significan salvación.

En tercer lugar ¿Cuando las palabras traen vida? traen vida cuándo son palabras que animan. ¿Qué es animar? animar es ponerle alma, vigor, a las personas cuyas emociones y sentimientos están en declinación; somos llamados animar, a levantar, pero hay personas que ni siquiera para ellas mismas tienen palabras de ánimo, dicen:

—Mi vida es una basura, yo no sirvo para nada, soy un imbécil.

Ni siquiera para ellos mismos tienen palabras de ánimo, cuánto menos tendrán para los demás. Tenemos que aprender a decirnos palabras de ánimo cada quien asimismo, y puede ser que tengamos que comunicar palabras de ánimo a personas que ni siquiera lo merecen, pero el tema no es si lo merecen o no, el tema es que estamos llamados a animar a las personas y las palabras son un tremendo recurso para animar a quienes nos rodean.

Las palabras traen vida también cuando traen consuelo. Dice San Pablo *“Dios nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que nosotros podamos consolar”*; con el consuelo que hemos recibido de

Dios podemos consolar a otros a nuestro alrededor, consolar es recoger la lágrima del afligido, es brindar palabras de aliento al que está desesperado, es decirle que no todo está perdido a quien ha sufrido una terrible experiencia de pérdida.

Consolar es decirle a quien perdió un ser amado, que ese ser amado no está muerto sino que goza de los ámbitos celestiales; es poner la mano sobre el brazo, sobre el hombro de la persona que se siente derrotada.

Pregunto:

—¿Hace cuánto tiempo tú no consuelas a alguien con tus palabras?

Quizá recordarás haber reclamado, haberte quejado, haber amenazado, haber gritado, pero la pregunta es:

—¿Recuerdas cuándo fue la última vez que consolaste a alguien con tus palabras?

Si te cuesta encontrar recuerdos es porque tú realmente utilizas tus palabras para cualquier otro fin menos para consolar.

Finalmente las palabras traen vida cuando son palabras que enseñan, las palabras debieran de tener un gran componente didáctico de nuestra parte para con los demás.

De maestros todos tenemos algo, siempre hay alguien más joven, siempre hay alguien a quien le puedes enseñar alguna lección de vida, alguien a quien le puedas dar un buen consejo, que de pronto le puede librar de muchos problemas.

Argumentar sin destruir

“Defiende tu causa contra tu prójimo, pero no traiciones la confianza de nadie”.

*Proverbios 25:9
NVI*

Estamos haciendo referencia a aquellas personas que tienen la mala costumbre, digámoslo así, de no saber cómo discrepar, no saber cómo discutir, y lo que puede ser una diferencia de opiniones, de ideología, lo convierten en una batalla encarnizada, porque son personas que no saben argumentar sin destruir.

¿No es cierto que hay personas que no saben conversar? No saben discutir sus asuntos, una conversación termina en disputa por la actitud de esta persona: es imperativa sobre los demás, impositiva sobre sus interlocutores, no es fácil comunicarse con ella y hay quienes tienen serias dificultades para hacerlo.

Proverbios 25:9 dice “defiende tu causa contra tu prójimo, pero no traiciones la confianza de nadie”, es decir, es válido defender tus argumentos, es válido defender tus ideas acerca de las cosas.

Pero no es posible que la confianza, que es uno de los elementos esenciales para que una relación

progrese y prospere, sea destruida en aras de tener la razón, en lo que estamos nosotros tratando de justificar, tratando de argumentar.

¡Tremendo pasaje que va directo!, como quien dice, golpe en medio de los ojos, “*defiende tu causa contra tu prójimo, pero no traiciones la confianza de nadie*”.

Te pregunto:

—¿En nombre de tus ideas, de las causas que defiendes o atacas, están saliendo personas lastimadas?

—¿Están quedando como resultado personas perjudicadas?

Si esto es así, tú tienes un serio problema de comunicación oral, como es argumentar destrutivamente.

¿Cómo es que argumentamos de manera destructiva? Lo hacemos cuando atacamos a las personas no a las ideas. Creo que todos tenemos derecho de atacar ideas que no compartimos, atacar no en un sentido de enemistad, pero si en un sentido de ir en contra de lo que ideológicamente uno no cree correcto.

Pero no tenemos el derecho de irrespetar a nadie, de faltarle a alguien en su condición como individuo. Todos nos debemos respeto unos a otros y cuando estas personas comienzan una discusión y comienzan a convertirse más que en discusiones en ataques personales, esta persona lo único que está indicando con eso es la primitiva condición que tiene de que no sabe discutir con altura. Probablemente es que no tiene grandes argumentos consigo, entonces es más fácil atacar a las personas.

También argumentamos de manera destructiva cuando usamos chismes e historias falsas para ganar. Hay quienes usan cualquier invento, chisme, historia, no les importa cuál sea totalmente la verdad de los

hechos, y son capaces de inventar cosas que pueden lesionar seriamente la credibilidad del testimonio personal y público de alguien, todo en aras de querer ganar una contienda.

Los que luchan de esa manera son traidores, realmente es peligroso conversar con ellos, es peligroso interactuar con ellos debido a que cruzan lo que sea, simplemente tiran a rodar una mentira, sí tienen que inventarse una historia falsa acerca de alguien, lo hacen, en aras de desestimar esta persona y de pronto ganar algo dentro de esa dinámica de pugna, discusión, desacuerdo.

¿Qué más es argumentar en forma destructiva? Es usar la malicia y la mala información.

La información es algo poderoso, los que manejan la información en la sociedad tienen un gran poder, una gran influencia política, social, económica, etcétera. Manejar información es tener poder, pero hay personas que lo que hacen es manejar mala información acerca de personas y con esa mala información pretenden ganar una contienda, ganar una diferencia; recurren a la malicia, recurren a la mala información o desinformación, porque también obstruir la positiva información acerca de algo o de alguien es una manera de atacar.

Son vicios, malas costumbres, malos hábitos relacionales, resabios de las personas que no saben discutir con suficiente altura. El que no tiene altura para una contienda ideológica de buen nivel, recurre a la puñalada trapera, a usar malicia y mala información, como instrumentos o herramientas.

También es argumentar de manera destructiva hacerlo con el deseo de dañar, más que de brindar un argumento. Hay personas que con lo que dicen tienen

la clara intencionalidad de dañar a una persona, dañar su credibilidad, manchar su nombre, irrespetar a la persona, ofender su dignidad, inventar cosas que se mofen de la persona o la dejen mal parada frente a la sociedad o a los demás.

Esto es lo que hace que cada vez la gente quiera menos resolver vía argumento, porque donde no se sabe argumentar lo que queda es una dinámica más primitiva, una dinámica más cavernaria de resolución que tiene que ver con ataques, y una sociedad que comienza a rebajarse moralmente de esa manera, obviamente quedará en la lista de las sociedades empobrecidas, las sociedades que son más una tragedia, que algo digno de experimentar como vida en colectividad.

Argumentar destructivamente también tiene que ver con dañar la credibilidad, lo reitero, dañar la credibilidad y el honor ajeno. Para mí el honor es sagrado, todo mundo tiene un nivel de respeto que todos debiéramos saber y mantenernos dentro de ese límite, dentro de esa frontera del respeto a la persona.

Siempre uso este ejemplo cuando hablo de la honorabilidad humana: piense en aquellos militares de los cuales la historia da cuenta, aquellos grandes generales que pelearon aquellas grandes batallas; eran hombres caballerosos, que se observaban de colina a colina, y si alguno de ellos caía derrotado, lo arrestaban y lo trataban con todos los honores, sin abusos sobre su persona, sin malos tratos, con el respeto que se merecía un enemigo digno.

¿Sabías que nuestros enemigos pueden ser tratados con dignidad a pesar de ser nuestros enemigos?

—¡Claro que sí!

¿Cómo se puede argumentar constructivamente?

Hablando verdad en respeto, si tú estás dispuesto a decir la verdad y si estás dispuesto a decir esa verdad de manera respetuosa, entonces argumentas constructivamente.

Se argumenta también constructivamente si se opina sin agredir.

¿Se puede opinar sin que se convierta esto en una agresión para el otro?

—¡Por supuesto que sí!

Lo que sucede en muchos de los casos es que la temperamentalidad se impone.

Hay personas que se dejan llevar por sus arrebatos, por su temperamento volátil, por la mecha corta que andan consigo; estos explotan primero y luego se dan cuenta de que cometieron cualquier cantidad de equivocaciones.

Tenemos que aprender a opinar sin agredir. Yo en lo personal me digo:

—René, no te calientes.

¿Qué quiere decir eso? Es una expresión popular coloquial para decir que uno no se debe dejar llevar por su temperamento, por su emocionalidad, porque al hacer esto abandona uno su racionalidad, lo que lo convierte sólo en una persona enojada que quiere ganar a cualquier costo.

Tercera forma de argumentar de manera constructiva: hay que opinar sin denigrar, ¿cómo se denigra? Bueno, comienza a usarse el sarcasmo, se hace una historieta de la persona, una caricatura de la persona, se sueltan chistes groseros sobre la persona, se aumentan los defectos e imperfecciones o carencias de esa persona, se hacen burlas de la persona.

Y también denigrar implícitamente tiene que ver con decir mal sobre el nombre de la persona, sobre

el honor de la persona; se pueden denigrar nombres, causas, empresas, se puede denigrar una persona en una discusión.

Vayamos a una cosa simple: un pleito de dos en el matrimonio, y comienza el uno a denigrar al otro, quizás sacándole en cara su pasado, si hubo algún desliz o alguna otra cosa, usar esto sólo para hacer a la persona sentir mal, hacerla sentir menos, esto es denigrar a las personas.

También hay que decidir opinar sin mentir. La mentira debe ser completa y absolutamente sin cabida en un argumento, no se puede argumentar usando la mentira; el que usa la mentira no quiere demostrar una idea o demostrar que tiene la razón en algo; el que usa la mentira tiene como motivación dañar, por eso insisto diciendo que la mentira debe ser proscrita cuando se trata de comunicación, de relaciones interpersonales, de diferencias de opinión y argumentación sobre temas y asuntos.

Otra manera es respetar al contendiente, por más que nos molestemos no podemos caer en el irrespeto. Pablo escribió en su carta a los Romanos “*dar a todos lo que debéis, al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que honra, honra; al que respeto, respeto*”.

El irrespeto, igual que la mentira, no puede ser utilizado como herramienta si se trata de argumentar.

Sé una voz no un eco

"Así que ustedes deben obedecerlos y hacer todo lo que les digan. Pero no hagan lo que hacen ellos, porque no practican lo que predicen".

Mateo 23:3

NVI

En el Evangelio de Mateo 23:3 se nos explica un poco en qué consiste ser como un eco y no voz, se lee lo siguiente: *"Así que ustedes deben obedecerlos y hacer todo lo que les digan. Pero no hagan lo que hacen ellos, porque no practican lo que predicen"*.

Se refiere Jesús, hablando a sus discípulos, a hacer lo que dicen los fariseos, los escribanos o maestros de la ley, pero les advierte de no hacerlo exactamente como ellos lo hacen y veamos la razón: dice que deben obedecerlos y hacer todo lo que les digan ¡y atención! *"pero no lo que hacen ellos porque no practican lo que predicen"*.

Está haciendo referencia a aquellas personas que son solamente un eco, no una voz, cuyas palabras no son nada más que palabras sin sustancia, palabras que no están respaldadas por verdaderas convicciones.

Hay personas así, tienen un bonito mensaje pero su práctica es abominable ¿y por qué ese fenómeno? porque hay demasiada gente que se presta a ser un

eco de la voz, de la opinión de los demás.

Un eco básicamente es la repetición del sonido al reflejarse éste sobre una superficie rígida.

Te pregunto:

—¿Eres tú sólo una superficie que refleja opiniones que no son tuyas, teologías que en realidad no son tuyas?

—¿Eres tú solamente una superficie rígida que replica las voces, opiniones, causas e intereses de los demás?

Si este es el caso tuyo, solamente eres un eco y no eres una voz.

¿Qué es lo que pasa con un individuo para que en lugar de ser una voz consistente, con aportes consistentes, se convierta en apenas un reflejo de lo que otros piensan u opinan?

¿Cómo nos convertimos en eco y no en una voz?

En primer lugar al repetir lo que oímos sin conocimiento de causa; hay personas que solamente están repitiendo lo que escuchan, no tienen verdadero conocimiento de las cosas pero son llamados a ser sólo un reflejo auditivo o un reflejo conceptual de lo que otros están diciendo, sin tener verdadero conocimiento de causa.

Da pesar ver cómo hay quienes se vuelven gente que manipula la conciencia de las personas, y también cómo miles y millones de personas con facilidad se ven envueltas en estas telas de engaño, que otros que se creen más inteligentes del resto están tejiendo.

También son eco y no voz los que llevan chismes y rumores de un sitio al otro. Hay gente que se presta para llevar y traer, ya tienen el camino hecho, escuchan un chisme, escuchan el rumor, lo llevan por aquí, lo llevan por allá y se convierten en una especie de

profesionales, son gente de oficio, y se pueden pasar la vida llevando chismes y rumores de un sitio a otro, de un escenario a otro. Estas personas que parecen no tener cerebro, son personas que son eco y no voz.

Otro peligro que hay que evitar es prestar oído a comentarios maliciosos y ajenos. Nosotros tenemos que discernir cuál es la fuente de todo lo que nos llega, qué clase de sustancia tiene lo que nos viene; a veces sólo nos traen grasa, ya sabemos que la grasa enferma, con eso te estás envenenando, hay gente que lo único que hace es permitir que otros le envenenen con un montón de grasa.

Los seres humanos también somos eco y no voz al carecer de convicción propia y permitir que otros piensen por nosotros.

Recuerdo cuando nombré Pastor General del CCI Tegucigalpa a un hombre a quien yo admiro, hoy día es mi consejero, el pastor Alberto Solórzano. Cuando lo nombré Pastor General de la Iglesia me dijo:

—Pastor, con todo respeto, permíteme decirte esto: “yo acepto el nombramiento si me permites tener un pensamiento autónomo, porque donde dos personas piensan igual, una de las dos no está pensando”.

Me abrió los ojos y me hizo un gran favor, y me hice un gran compromiso, me dije:

—Puedo ser de aquellos que no controle la convicción de esta otra persona y jamás me voy a permitir pensar por él.

Hemos tenido una formidable y exitosa relación ministerial, hemos tenido una comunión, compañerismo ministerial que ya muchos desearan tener en sus ministerios de iglesias, y todo esto está basado en que el pastor Alberto piensa con su propia cabeza y yo pienso con la mía, él tiene sus propias

convicciones y yo tengo las mías.

¿Pueden convivir en paz personas con pensamientos opuestos?

¡Claro que sí! porque el respeto hace que esto se convierta más que en un tropezadero en una verdadera bendición.

Somos eco y no voz al permitirnos volvemos instrumentos de fácil manipulación. Donde hay un manipulador es porque hay alguien manipulable, que permite que otro con una personalidad más fuerte que la suya, termine manipulándole y dominándolo.

Suelo decir a mis feligreses:

—Fíjense bien a quien le prestan sus oídos para que les hable de Dios, les hable de iglesia.

¿Por qué? Porque en este mundo hay un montón que más bien son negociantes del Evangelio y tienen algún carisma que les permite con facilidad manipular a los otros, a los incautos, a los que carecen de convicción y de suficiente intelectualidad; esos son los que engrosan las filas de los que al final terminan manipulados, terminan de alguna manera explotados por los más vivos. Uno debe decidir no permitirse volverse un instrumento de fácil manipulación de otras personas.

En el contrasentido de lo que ya dijimos ¿cómo ser voz y no eco?

Primer consejo: no sirvas de altoparlante a las opiniones ajenas.

El pastor Alberto Solórzano me dice:

—Tengo la actitud de que cuando alguien me viene con una opinión, hasta opiniones sobre ti, lo que hago es decirles: "No quiero oírlo, tenga el valor de decirle a él lo que piensa, por favor no me lo diga a mí".

Esto tiene que ver con no ser altoparlante de la

opinión ajena.

Segundo consejo: defiende con valentía tus creencias y valores, por eso son creencias, por eso son valores, porque vale la pena defenderlos contra capa y espada, contra toda amenaza, contra toda crítica, contra toda adversidad.

Hay quienes quieren tener una convicción pero no quieren defenderla, no quieren entrar en conflicto, yo digo:

—Si tú tienes una convicción y no quieres defenderla mejor no tengas nada, porque la vida nos exige tener que defender con valentía todas nuestras creencias y nuestro sistema de valores, no hacer esto es convertirnos en eco y no voz.

Tercer consejo: Nunca debes ser desleal, ni aun tratándose de tus enemigos; debemos tratar a nuestros enemigos con decoro, con dignidad, de una manera especial.

Pera hay gente, que no hablemos de sus enemigos, ide sus amigos!: le son desleales a sus amigos, a su cónyuge, a sus pastores; para tener amigos así mejor no tener nada, mejor estar solo.

Nunca uno debe ser desleal, la deslealtad hace que terminemos hablando con los enemigos de nuestros amigos, que terminemos hablando con los adversarios de la persona a la que más le debemos, terminamos hablando con los adversarios de las personas que nos aman o que amamos y que no se merecen estar en semejante situación.

Hace años, alguien que trabajó en mi equipo, con todo candor me dice:

—Pastor, invité a cenar a... y se refiere a una de las personas que más ataques me ha propiciado en mi vida ministerial.

—Sabes -respondí- si bien es cierto eres libre de tener amistad con quien quieras, de cenar en casa con quien quieras, déjame decirte que yo jamás comería con un enemigo tuyo; te aprecio tanto, me has servido tanto a lo largo de tu vida que yo jamás tomaría café siquiera con alguien que te haya hecho daño, con alguien que haya hablado mal de ti.

Esta persona hablaba de una acción que le parecía que no me perjudicaba, y es allí donde nosotros, en nuestra cultura hispanoamericana, tenemos que reconstruir los conceptos, porque nosotros jugamos con los conceptos; cuando nos conviene hablamos del deber, de lealtad a ultranza, pero cuando no nos conviene, la lealtad es simplemente agua de arroz.

Cuarto consejo: Debes hacerte respetar por los demás, ¿Qué quiero decir? que nadie te utilice. Yo no aguento que nadie me venga con cuentos, incluso a veces vienen y me hablan de otros pastores con los que no tengo comunión de ideas, pero no tener comunión de ideas con un colega no significa criticar a ese colega, hablar mal de ese colega, ser desleal a ese colega. Me parece que hablar mal de un colega, es escupir para arriba.

Quinto consejo: Decide no meterte en asuntos ajenos, que cada quien haga sus cosas, todos le daremos cuenta a Dios, pero tú no puedes estar entrometiéndote en asuntos ajenos donde nadie te ha llamado.

Sinceramente estoy en pleno desacuerdo con aquellos cristianos que creen que son los grandes defensores de la fe, creen que Dios los necesita y erróneamente utilizan su púlpito para espada, para estar esparciendo enfermedad, para esplicar gérmenes sobre todos los que se sientan escuchar.

Debemos dejar a la gente caminar y esperar un momento y ocasión oportuna para tratar de sacar la gente del error, pero no ser unos entrometidos, en realidad eso es ser completamente descorteses.

Saber decir lo que sientes sin destruir

"Tampoco debe haber palabras indecentes, conversaciones necias ni chistes groseros, todo lo cual está fuera de lugar; haya más bien acción de gracias".

*Efesios 5:4
NVI*

En un mundo donde todo el mundo reclama derechos, y dentro de esos reclamos muchos son justos por supuesto, hay quienes hacen sus reclamos de una manera que es más lo que arruinan, lo que destruyen, que lo que realmente logran conseguir.

En Efesios 5:4 se lee lo siguiente: *"Tampoco debe haber palabras indecentes, conversaciones necias ni chistes groseros, todo lo cual está fuera de lugar; haya más bien acción de gracias"*.

Pablo nos está invitando a aprender a decir lo que sentimos, lo que pensamos, pero sin destruir.

Hablemos de la costumbre de hablar de cualquier modo, esta es una costumbre que tenemos muchos, decimos las cosas como vienen, en la manera que nos vienen, sin considerar mucho si pudiéramos mejorar lo que vamos a decir.

—¿De dónde proviene esa costumbre? Del hogar, viene de replicar modelos disfuncionales.

—¿Dónde se aprende a decir las cosas con gritos?

¿Dónde se aprende a decir las cosas con ofensas?
¿Dónde se aprende a decir las cosas con heridas?

Se aprende en los hogares de procedencia; por lo general con personas descompuestas conductualmente hablando, personas que quizá eran un modelo defectuoso pero nos sirvieron de marco de referencia y al final terminas de replicar o reiterar el modelo conductual de alguien que habla de cualquier modo.

Yo he tenido que luchar la vida entera, me he tenido que esforzar por desaprender todo aquello que es un modelo reactivo, que no me dejó más que sinsabores.

Hay personas, y me incluyo, que no sabemos relacionarnos, sino de un modo positivo, al menos de un modo aceptable. Desde la opinión nuestra se deciden, se determinan todos los asuntos, y eso me parece que no es justo, la relación unilateral es una relación que lo que describe es tiranía, cierto esclavismo para con las demás personas.

Las relaciones, si es que son saludables y balanceadas, deben ser relaciones más bien caracterizadas por la consideración, respeto, pero cuando alguien está por el escenario relacional hablando de cualquier modo, expresándose cualquier modo, con la costumbre de decir las cosas como se le vengan, sin considerar a la otra persona, esa relación no es saludable.

La costumbre de hablar de cualquier modo proviene también de heridas y dolores acumulados. Por ejemplo, el caso del que se siente frustrado: Caín, su hermano Abel salió bien premiado en una, no vamos a decir que competencia, pero fueron acciones que ambos hicieron en relación a Dios, el cual reaccionó favorablemente a Abel y no calificó de igual forma la de Caín.

¿Qué pasa con Caín? Caín está malhumorado, está decaído, su semblante está deprimido y perpetró la maldad en contra de su hermano Abel. Dios le pregunta: *¿Dónde está tu hermano Abel?* y Caín le responde justo como estamos diciendo, por causa de las heridas, de la frustración acumulada: “*no lo sé, no sé dónde está*”.

Esta es la respuesta de una persona que acumula dolores, fracasos, sinsabores, que ha acumulado heridas.

Yo no sé qué pasa con nosotros los humanos pero solemos descargar la frustración y el dolor nuestro sobre las otras personas, respondiéndoles de manera que en verdad no es correcta.

Caín está respondiéndole a Dios y le contesta “*¿acaso soy el guardián de mi hermano?*” esa es la costumbre de hablar de cualquier modo, viene de heridas y de dolores, cuando en lugar de enfrentarse se van acumulando en la vida de la persona.

La costumbre de hablar de cualquier modo ¿de dónde viene también? Viene del esfuerzo erróneo de tratar de cambiar a otros, a veces queriendo componer -es cierto, queriendo componer al cónyuge- nos damos a la tarea de ofenderlo, de amenazarlo, de herirlo, de restregarle sus errores en la cara cada vez.

Es un sincero pero equívoco deseo de contribuir a la transformación de esta persona, ninguno de nosotros los humanos puede ayudar a otro a cambiar, a fuerza de arrinconarlo, de herirlo, de humillarlo, de amenazarlo.

Yo lo probé y esto no funciona, en un esfuerzo erróneo por tratar de cambiar a otras personas, por tratar de corregirlas, termina uno hablando de cualquier modo y termina destruyendo al decir lo que

no quiere, lo que no siente, lo que no pretende.

Como consejero de muchas décadas, he visto a personas buenas cometer grandes errores, he visto gente buena recurrir a estrategias erróneas tratando de mejorar relaciones, tratando de corregir errores y pecados en otros; pero muchos de estos errores comunes a todas esas personas que menciono, es el error de decir lo que quieren decir con buena intención, pero lo dicen tan mal que terminan destruyendo.

Siempre hay una ruta positiva, constructiva, terapéutica, siempre hay una ruta mucho mejor que la ruta accidentada de tratar de cambiar a la fuerza, de arrinconar a las personas, de hablarles de cualquier modo.

Para aprender a decir lo que piensas sin destruir son requeridos ciertos elementos, el primero es la consideración. Si siempre te estás pasando del límite, cuando estás hablando con la otra persona, es porque sencillamente no estás considerando al otro.

—¿Qué es considerar a la otra persona?

Es meterte dentro de sus zapatos y decirte:

—¿Cómo puede estar sintiendo esta persona lo que le estoy diciendo?

—¿Qué puede estar sintiendo esta persona al escuchar cada uno de estos adjetivos, o cada una de las palabras que estoy diciendo?

Consideración por el otro. Yo te pregunto:

—¿La persona a la que tú de verdad quieres cambiar, quieres mejorar, le tratas con suficiente consideración?

Aprender a decir sin destruir incluye este otro elemento: nuestra actitud y en esto hay que hablar de gobierno, nadie puede corregir a otros si primero no se gobierna esa intención, nadie puede corregir a otro,

ayudar a otros, si antes no logra suficiente autocontrol. ¿Por qué? porque de lo contrario tus palabras serán una especie de "tsunami" sobre las demás personas, vidas arrasadas, destruidas, arruinadas, golpeadas.

Siempre hablando respecto a cómo aprender a decir sin destruir, hay que atacar el problema sin atacar a la persona. A veces no se diferencia dónde termina el problema que estoy enfocando, que estoy atacando, que estoy censurando y donde comienza la otra persona, su sensibilidad, su dignidad, su valor personal, su autoestima. No puedo de ninguna manera confundir lo uno con lo otro, confundir el problema que estoy censurando y atacando y la persona, por eso el consejo: hay que atacar el problema sin atacar a la persona.

Te pregunto:

—¿Tratando de resolver un problema familiar, un problema conyugal, un problema con hijos, un problema laboral, en lugar de atacar el problema has atacado a la persona?

Si es así necesitas reformular tu conducta y comenzar a atacar, a censurar el problema, pero teniendo cuidado de no atacar a la persona.

¿De qué otra manera podemos aprender a decir sin destruir? Hay que escoger con cuidado las palabras, en esto yo me he tenido que arrepentir una vida entera, por cuanto provengo de un hogar donde la escuela ha sido: "te lo digo así, sin mucho preámbulo".

Todavía hace unos pocos días me encontraba yo en una tienda buscando un equipo para uno de mis subalternos, era evidente que el vendedor no tenía muchos conocimientos acerca de su equipo y sin un mayor protocolo o sin mayor consideración de mi parte le dije:

—Que venga alguien en la tienda que sepa más que tú acerca de esto.

Esto hizo sentir vergüenza al vendedor, fue por allí y trajo un vendedor con mayor tiempo y experiencia dentro de la empresa.

No había salido de la tienda, y comencé a sentir la vergüenza que se produce cuando la conciencia nos reprende de haber hecho todo lo contrario de lo que aquí le estoy diciendo.

Se lo estoy diciendo también como una especie de “mea culpa”. Si hay algo que pretende René Peñalba con ustedes es ponerles las cosas tal como son, porque no es que lo leí o que me senté cómodamente a escribir un libro con cosas que no he vivido, es porque vengo a decir que he cometido graves errores.

Con esto de aprender a decir sin destruir hay que buscar medida, ubicación, medida sin límite, medida es el balance, equilibrio, prudencia; nuestra comunicación debe siempre tener ese ideal: entre más medida, mejor.

El mal de la calumnia

“Al que en secreto calumnie a su prójimo, lo haré callar para siempre; al de ojos altivos y corazón soberbio no lo soportaré”.

Salmos 101:5

NVI

La calumnia sólo es posible conocerla desde dos extremos: desde el extremo de aquél que calumnia y por el otro lado la persona que ha sido víctima de las calumnias.

En Salmos 101:5, se lee al respecto así: *“Al que en secreto calumnie a su prójimo, lo haré callar para siempre; al de ojos altivos y corazón soberbio no lo soportaré”.*

Entiéndase que viene una dura sentencia para quien actúa de esa manera, definitivamente es Dios quien está hablando en esos términos, términos duros para la persona que utiliza la calumnia como un arma para tratar de lograr metas con oscuros propósitos.

Dice Dios que esta persona piensa que en lo secreto lo está haciendo y que por consiguiente no será de ninguna manera descubierto, pero estas personas están equivocadas, Dios al final de cuentas descubrirá esta persona, Dios hará lo que corresponde con esta persona y Dios indica claramente lo que hay de fondo

en la calumnia y es altivez y soberbia de corazón; y dice que Dios se va a hacer cargo de una persona así, porque Dios no lo soporta.

¿Cómo es que toma forma la calumnia? ¿En qué consiste exactamente? Toma forma la calumnia en primer lugar cuando se usan mentiras para dañar a alguien.

La calumnia muchas veces está conectada con la mentira; hay quienes usan la mentira para excusarse, para salir bien librados en una situación; otros utilizan la mentira por simple mala costumbre, pero están también aquellos que utilizan la mentira para hacer daño al prójimo, aquellos que buscan dañar a las personas a su alrededor y en esa intención están dispuestos a decir cosas que no son, a esgrimir argumentos totalmente falsos, incluso a hacer acusaciones totalmente alejadas de la verdad.

La calumnia también toma forma cuando se difama el nombre y el prestigio ajenos. Una cosa es decir mentiras y otra cosa es el andamiaje que se hace de una manera más trabajada, con más elementos, todo para difamar a una persona, difamarla en términos de difamar su nombre, su prestigio personal, sea a nivel profesional, a nivel político o a nivel social, a nivel espiritual.

Con cerca de 40 años de estar en estas lides del reino de Dios en la tierra, predicando el Evangelio, plantando iglesias, creando ministerios en distintos países, me he quedado asombrado al observar cómo personas que andan una Biblia en la mano, pueden llegar a extremos tales de crear verdaderas campañas de desprecio.

En cierta ocasión escuché a un pastor decir esto acerca de otro colega suyo a quien quería dañar:

—No voy a descansar hasta que lo destruya.

Esto es sumamente perverso, esto es haber caído en la telaraña donde ya no se puede diferenciar entre el desencuentro que puede haber entre personas, los criterios opuestos, personalidades opuestas, intereses opuestos, y la calumnia.

En tercer lugar también la calumnia toma forma cuando se inventan falsos argumentos sobre algo o sobre alguien, porque también se puede calumniar una causa, un movimiento, sea social, político, económico, religioso o sea éste deportivo, etcétera.

Siempre respondiendo a la interrogante ¿Cómo toma forma la calumnia? También hemos de sumar lo siguiente: toma forma la calumnia cuando se dejan correr rumores y chismes malintencionadamente.

Los autores del rumor no necesariamente seremos nosotros, es cierto, pero ¿no es verdad que cuando nos llega un rumor, cuando nos llegó el chisme sobre una persona que no nos resulta simpática, estamos dispuestos a dejar correr el rumor? y entonces sin ser necesariamente los que originamos una calumnia, al escuchar un criterio, una opinión, un rumor, un chisme sobre alguien, como esa persona no es de nuestros favoritos, de nuestro particular gusto, prestamos nuestra boca, nuestro tiempo, para ser un eslabón más, para que el rumor siga corriendo.

Tengo un gran, pero un gran testimonio que compartirles de un pastor bastante joven. En aquel entonces trabajaba con el doctor Enrique Peñalba, siendo él presidente de la Alianza Ministerial Evangélica Nacional.

El doctor Peñalba era un hombre extraordinario, incluso fue profesor mío en algunas materias en la facultad bíblica. En esa ocasión, está reunida la junta

directiva y estoy allí apenas como un comodín, alguien que está comenzando a aprender de estos temas, y uno de los miembros de la junta directiva comienza expresarse de un grupo que antagoniza al grupo del doctor Peñalba. Aquella era otra organización pastoral surgida con motivos un tanto políticos, no las intenciones, pero si con el firme deseo de desbancar a la Federación que dirigía el pastor Peñalba.

Cuando este pastor de la junta directiva comienza a hablar mal sobre el otro grupo, el doctor Enrique Peñalba nos dijo a todos lo siguiente:

—Muy bien hermanos, me pongo a pensar ¿Qué dirán de nosotros? Si nosotros estamos hablando mal de ellos, ¿Qué dirán otras personas de nosotros?

Entonces nos exhortó a no hacer eslabón a eso.

Si alguien quiere hablar mal de ti, tú no respondas de la misma manera y no te prestes a seguir divulgando un rumor.

Además de lo ya expresado, la calumnia toma forma cuando se repiten historias sin conocimiento de causa. No sé si es válido repetir una historia aun con conocimiento de causa, pero sin conocimiento de causa es más grave. Lo primero que debes preguntarte cuando estás escuchando algo sobre alguien o sobre algún grupo etcétera, es si esto es verdad o no; si no tienes la seguridad, porque a ti no te consta, debes decir:

—No me consta y por consiguiente yo no puedo prestarme ni siquiera a escuchar lo que está diciendo.

La calumnia nunca es buena, nunca se ve bien, se puede decir que debe ser una de las herramientas proscritas en ese contexto que llamamos el reino de Dios, y yo diría que también en el contexto de lo que llamamos las relaciones humanas, ¿Por qué? porque

la calumnia muestra bajeza, la calumnia es andar olfateando desperdicios y basura para llevarla de aquí para allá en aras de hacerle daño a una persona y por supuesto que Dios no ve en ninguna manera bien la calumnia.

¿Cómo es la naturaleza de la calumnia? La calumnia nunca es cara a cara, nunca se hace en una guerra abierta, no es una guerra con las cartas destapadas, la calumnia es rastrera, es terrorista, la calumnia hace daño y esconde la mano, es algo que se hace en secreto.

¿Qué pasa con el que en secreto calumnia su prójimo? "*Lo haré callar para siempre*" dice Dios; es una dura sentencia, las implicaciones son enormes, aquí uno puede pensar hasta en la muerte. Esta expresión "*lo haré callar para siempre*" es un absoluto, puede tener implicaciones en los órdenes más extremos que nosotros nos podamos figurar.

"Al que en secreto calumnia a su prójimo lo haré callar para siempre, al de ojos altivos y corazón soberbio no lo soportaré". Y aquí ya se denota el trasfondo de la calumnia, el trasfondo es altivez y soberbia de corazón, creo que está claro que si ya no debiéramos nosotros admitir mayores argumentos, me parece que este es suficiente como para darnos cuenta de que la calumnia no conviene bajo ninguna circunstancia.

Si tú de alguna manera has participado en conductas como las que ya he expuesto, no te queda más remedio que decir:

—Yo he participado tirando calumnias, consciente o inconscientemente, deliberadamente o no, pero sí he participado.

¿Has sido tú víctima de la calumnia? ¿Eres una persona que lleva las marcas de aquellas saetas

que alguien lanzó en contra tuya, en contra de tu testimonio, de tu prestigio personal, familiar, etcétera?

Muy bien, quisiera darte algunos consejos: en primer lugar no debes sufrir, si es que quieres dejar ya de estar siendo victimizado por la calumnia, debes dejar de sufrir por lo que es producto de la mala intención.

Conversando con mi esposa, le compartía yo un correo que me llegó vía Internet de una persona muy bien intencionada; la mitad de su nota era agradecerme mi programa Realidades, decía que le había ayudado de una manera extraordinaria. Luego de ponderar las virtudes del programa, de mi ministerio, me decía que Dios le mostró una palabra para mí; me dio esa palabra, yo me dediqué a compartir esa palabra con mi esposa y a juzgar con criterio sano esa palabra, y llegamos a la conclusión de que Dios le dio esa palabra para mí a esta persona.

¿Qué sucede cuando recibes una palabra, aunque tenga alguna arista un poco incómoda para ti? Porque a veces Dios nos habla de cosas que nosotros quizás no hemos advertido, y eso como que incomoda un poco, máxime la palabra que viene por parte de un desconocido. No obstante, nosotros sentimos el buen espíritu de la persona, sentimos que realmente le animaba un corazón agradecido y un amor por esta persona que les habla, un desconocido para ella pero que le ha ministrado su corazón. Esto no me produjo ninguna actitud reactiva y le dije mi esposa:

—Puedo tomar esta palabra.

Y luego escribí a esta persona para agradecer.

No sufras por eso, ¿por qué ponerse a sufrir por cosas que personas digan de ti, por actuaciones de otras personas para dañarte? Tú sabes que es por mala intención, que no es por algo malo que estés haciendo

sino porque esa persona de alguna manera su corazón se ha enfermado en lo que se refiere a ti, y con toda la mala intención te está calumniando.

Segundo consejo si has sido víctima de las calumnias: debes refutar esas calumnias, ¿cómo refutar? con conducta íntegra, no con palabras. El que defiende mucho la veracidad de su persona, que defiende mucho la verdad supuesta, de esa persona como que hay que dudar un poco.

Cuando una persona está segura de su integridad, esa persona se puede dar el lujo de quedarse callada frente a sus calumniadores, el que corre a defenderse en realidad está nervioso, debes refutar las calumnias ¡por supuesto que sí! refuta las calumnias con tu testimonio de vida, con tu conducta y no con palabras.

Tercer consejo: decídete a no pagar mal por mal. Tú no puedes pagar calumnia por calumnia, mala expresión por mala expresión, chisme por chisme.

Insisto, la persona que siente que moralmente no pueden acusarla, si esta persona en su corazón sabe que no debe todo lo que le achacan, se puede dar el lujo de no pagar mal por mal.

¿Qué más hacer si has sido víctima de calumnias? No debes dejarte manipular por la calumnia, la calumnia en muchos casos, y éste es un concepto muy, muy vital, en muchos casos la calumnia no es sólo para hacerle daño a una persona sino para manipularla, para controlarla, así que la decisión debe estar clara, no puede nadie dejarse manipular por la calumnia.

Y quinto consejo si has sido víctima de la calumnia: debes seguir adelante pensando que Dios te reivindicará, Dios va a reivindicar a aquella persona que ha sido víctima de la calumnia, esto es algo tan cierto como que la Biblia está allí todo el tiempo al

alcance de nuestras manos.

¿Cómo anda tu comunicación?

"Eviten toda conversación obscena. Por el contrario, que sus palabras contribuyan a la necesaria edificación y sean de bendición para quienes escuchan".

*Efesios 4:29
NVI*

Comunicarse es tan sencillo, tan cotidiano, y a la vez tan vital. No todos sabemos comunicarnos de una manera efectiva, saludable; en muchos casos, no pocos por cierto, la comunicación es accidentada, es defectuosa y por consiguiente las relaciones se tornan difíciltosas, frustrantes. Muchas veces las relaciones pueden ser la peor experiencia de una persona en esta vida.

En Efesios 4:29 Pablo nos habla acerca de la comunicación y tal como si escribiese en pleno siglo XXI leemos de su parte lo siguiente: *"Eviten toda conversación obscena. Por el contrario, que sus palabras contribuyan a la necesaria edificación y sean de bendición para quienes escuchan"*.

Aquí hay toda una serie de factores que tienen una importancia capital en el fenómeno de la comunicación. Él habla de conversación obscena, todo lo que está totalmente fuera de lugar, fuera de lo que es aceptable.

¿Cuántas personas presas del enojo recurren a un lenguaje obsceno? Es la manera de sacar la rabia, de expresar la frustración, de demostrar su desacuerdo, pero expresarlo con palabras obscenas o con palabras fuera de tono, no es nada más que una mala costumbre adquirida.

Por lo general quien se expresa así, aprendió a hacerlo, ¿cómo? Tal vez creció con alguien que cada vez que se sentía malhumorado, frustrado, disgustado, se expresada con frases obscenas y entonces este niño, ya convertido en adulto, simplemente está replicando el modelo de prosa de procedencia.

Pablo añade otros elementos: habla de que nuestras palabras deben de contribuir a la necesaria edificación, yo pregunto:

—¿Cuánto contribuyes tú, cuánto contribuyo yo, cuánto contribuimos todos para la edificación ajena?

Y finalmente Pablo concluye diciendo que debemos ser de bendición para quienes escuchan nuestro hablar, esto es todo un desafío, porque somos conscientes de que no somos una bendición todo el tiempo, pero debemos esforzarnos por serlo, porque es lo que la Palabra de Dios espera y aspira respecto nosotros.

¿Cómo es una comunicación deficiente? En primer lugar es deficiente cuando dices una cosa y te entienden otra. Por lo general cuando esto pasa culpamos a los demás, decimos:

—Es que tú no entiendes nada.

De alguna manera con eso estamos menoscabando a la otra persona, estamos casi diciéndole que es tonta, pero en realidad no es nada más que una escapada fácil, de lo que debe ser una reacción o respuesta más responsable: preguntarme a mí mismo y preguntarte

tú también en lo personal, si estás diciendo algo y no por causa de los demás, sino por causa de ti mismo, ellos entienden otra cosa.

¿Cuándo es que podríamos decir algo y los demás entender algo diferente? Cuando decimos palabras correctas con el tono incorrecto, cuando decimos palabras correctas con la expresión del rostro totalmente opuesta. ¿Se dan cuenta? es bien fácil decir una cosa y que la gente entienda otra, simplemente con la mirada que estamos echando o simplemente con el rostro que estamos poniendo.

En segundo término, una comunicación es deficiente cuando dices algo hoy y otra cosa diferente mañana, esto se llama una comunicación fluctuante, intermitente, una comunicación impredecible.

Me parece que una relación es estable cuando las personas somos predecibles, pero cuando una persona se vuelve impredecible y esa persona dice una cosa hoy y mañana otra, las personas que le acompañan en su escenario de vida comienzan a martirizarse y afligirse, pensando en cómo va a actuar esta persona en el próximo encuentro.

Conozco estos fondos, se los aseguro, y no es nada fácil para los demás convivir o interactuar con una persona que hoy está alegre y mañana puede estar malhumorada, ¡hasta porque el sol sale! Una persona así por lo general su comunicación no es buena y por ende, sus relaciones suelen ser inconstantes también.

Una comunicación también es deficiente cuando tus palabras y tu tono no encajan. Puede ser que tus palabras estén bien pero tu tono de voz no, puede ser un tono de voz sarcástico, irónico, acusatorio, burlesco, cínico.

Cuando es así, ¿cómo logras convencer a los demás

de que eres sincero, que lo que estás diciendo es de verdad, de corazón? Por supuesto que nadie te lo va a creer y no te lo van a aceptar porque tu tono está hablando una cosa y tu palabra está diciendo otra.

Tu comunicación es absolutamente deficiente también cuando te extralimitas. El enojo o la depresión, pueden traicionarnos y llevarnos a sentirnos frustrados, disgustados, porque nuestras expectativas no se cumplen, porque las personas no parecen comprender lo que queremos de ellas y comenzar a faltarles al respeto, a deshonrarles, cosa que definitivamente no se debe hacer, porque toda persona tiene su nivel de dignidad que todos debemos saber descubrir, saberle reconocer y saber respetar.

Una relación comienza a degradarse cuando se pierde el respeto; hablemos de gobernantes con gobernados, de padres con hijos, de cónyuges, de vecinos, de colaboradores en un marco laboral o de emprendimiento; cuando se pierde el respeto y se comienza a deshonrar y a denigrar a las personas, esa relación se ha degradado.

Analiza tu comportamiento, mira tu marco de relaciones: cómo tratas a tus hijos, a tu cónyuge, a las personas alrededor tuyo. ¿Te estás extralimitando en el respeto? si esto es así, no te queda más remedio que reconocer que tu comunicación es deficiente.

También lo es cuando incluyes el enojo y el mal humor en tu comunicación. Debiéramos poner nuestro estado de ánimo a un lado de nuestra comunicación, pero muy pocas personas logran tal nivel de madurez, de autogobierno, porque en la mayoría y en la generalidad de los casos sucede todo lo contrario: mezclamos nuestro mal humor en nuestra comunicación, de tal manera que tener un mal día en

la oficina significa tener un mal día en la casa, porque llevamos el mal humor y el mal estado anímico del trabajo y comenzamos a volcar todo aquello sobre nuestros hijos, cónyuges o demás familiares.

Somos llamados a contribuir al bienestar ajeno, que tus palabras contribuyan a la necesaria edificación, debemos construir con nuestra comunicación, pero preguntémonos:

—¿Cuánto estamos construyendo con nuestra comunicación?

—¿Será que estamos construyendo o será que nuestra comunicación más bien resulta en términos destructivos para los que nos rodean?

—¿Cómo mejorar tu comunicación? ¿Cómo hacerte la vida con los demás más llevadera? ¿Cómo reexaminar todo aquello que está accidentado, que se ha ido fragmentado en tu comunicación con otros?

Uno: Deja de reiterar errores que ya conoces. Cuántos de nosotros ya sabemos, ya nos lo han dicho, ya lo hemos entendido y hasta puede ser que nos hayamos arrepentido de un error que reiteradamente estamos cometiendo, quizás una palabra que soltamos que es palabrota o puede ser un enojo que no tiene sentido.

Yo mismo estoy tratando de aplicar algo que leí, mi esposa siempre me está comprando algo para leer y no recuerdo en cuál de las lecturas que ha encontrado leí esto: "Si tú eres una persona de las que se enoja con mucha frecuencia, debes comenzar a preguntarte: ¿Esto por lo que estoy comenzando enojarme, dentro de cinco días, va a carecer de importancia?".

Me lo digo cada vez, porque soy de mecha corta, cuando me estoy comenzando disgustar me digo:

—Mañana, ¿esto tendrá sentido? ¿Dentro de cinco

horas, esto tendrá sentido?

¡Y asómbrese! Cuando uno se pregunta eso, la respuesta es que dentro de cinco horas esto no va a tener sentido, lo único que va a significar es frustración para los demás, entonces me digo:

—No, no me enojo.

Y si ya puse un pie no pongo el otro sino que saco el pie salpicado, y a veces toca decir “lo siento, perdóname, es mi tendencia natural al disgusto”. Pero cuando tú retiras el pie del fango, la gente te quiere y te apoya.

Dos: Debes hacer inventario de tus relaciones y evaluar tu comunicación con cada uno, ¿por qué inventariar? Porque hay relaciones que son prioridad uno, otras son prioridad dos, otras son prioridad tres y así sucesivamente.

¿Qué es lo que me he dicho? no le voy a asignar a otra persona el lugar uno que corresponde a mi esposa, en eso no hay ninguna discusión. Prioridad dos son mis hijos, ya son adultos que llevan su propia vida, pero también son prioridad para mí y cada quien hace su escalonamiento dependiendo de cómo está constituido su marco de relaciones.

Lo que sí es cierto es que hay que inventariar las relaciones y comenzar a evaluar cómo estamos tratando la relación uno, la relación dos, en términos de prioridades, porque nadie puede darse semejante lujo y riesgo de poner todas las relaciones en el mismo plano.

Recuerdo que tenía una mal llamada secretaría, mal llamada asistente, que en una ocasión, cuando mis hijos eran niños, me llamaron por teléfono a la oficina, y la secretaria, sin pensarlo dos veces , les dijo:

—Lo siento, el pastor está ocupado, no le puede

contestar su llamada.

Cuando mi esposa se dio cuenta me puso los puntos sobre las íes y yo definitivamente estuve de acuerdo con ella. Y esa secretaria no me duró, porque estas personas por lo general van adquiriendo cada vez mayor confianza y cada vez están abusando más de la confianza que uno les deposita.

Tres: Tienes que atar cada cabo que hayas dejado suelto en las relaciones. A veces uno deja cabos sueltos. ¿A qué me refiero con esto? A veces hay falta de perdón, pero no solamente me refiero a falta de perdón a alguien, también un cabo suelto puede ser la necesidad de tener que pedirle perdón a alguien.

Debes descubrir, debes investigarte a ti mismo y si encuentras que tienes algún cabo suelto por allí, procede a repararlo. ¿Sabes cómo es esto? Como tener tu suéter más valioso, o el más querido, y le ves una hebra suelta, tú sabes que si le das un tirón a esa hebra, el suéter todo se te puede ir soltando.

Cuatro: Donde te equivocaste busca rectificar lo más pronto posible.

Yo soy muy recio al hablar, es algo que a mí me pesa todo el tiempo, en estos días le hablé muy pesado a una persona en mi oficina y el Espíritu de Dios me reprendió, me torció el brazo para que antes de retirarme le pidiera perdón, ¿por qué? Porque no estamos exentos equivocarnos.

Cinco: Pide ayuda a tus interlocutores, diles que quieres mejorar. Las personas con quienes interactúas, con las que cotidianamente te relacionas, cada vez que cometas un error, diles:

—Si me ves cometer este error por favor recuérdamelo, eso sí, recuérdamelo con sabiduría, porque si no, me vas a poner peor

Hay que saber pedir ayuda cuando uno lo necesita.

¿Nadie puede contradecirte?

“¿Cómo entonces podré yo responderle? ¿Dónde hallar palabras para contradecirle?”.

Job 9:14
NVI

Habemos personas difíciles de contradecir y hay quienes llevan eso a un extremo realmente peligroso, ¿peligroso en qué sentido? En que pueden dañar de una manera definitiva relaciones ya sean laborales, familiares, sentimentales, financieras. Interactuar con alguien a quien no se le puede contradecir ni siquiera sobre el estado del tiempo, resulta sumamente espinoso, frustrante.

En Job 9:14, se habla de lo siguiente y haremos la aplicación de vida al contexto que estamos enfocando. Dice así: *“¿Cómo entonces podré yo responderle? ¿Dónde hallar palabras para contradecirle?”.*

Definitivamente se está hablando acerca de Dios, es difícil que nosotros los humanos nos pongamos en un plano como para poder hallar argumentos para discutir con Dios, ¿Quién puede de una manera racional pensar que va a convencer a Dios? ¿Hallar palabras para contradecir a Dios? ¡Absolutamente absurdo!

He escuchado a personas decir:

—¿Cómo podré yo responderle a esta persona? Es difícil, es imposible contradecirle, sería como activar un volcán.

Aplicado a estas personas el texto bíblico citado, lo que está diciendo es que cuando una persona es difícil de contradecir, lo que está haciendo es usurpando el lugar de Dios, porque él es el único al que nosotros no podemos contradecir.

—¿Por qué nadie puede contradecirte?

En primer lugar y en términos generales porque seguramente te temen, el temor a las personas es lo que nos limita de poder contradecirle.

Soy un hombre temperamental, no soy fácil para congeniar y soy de un hablar directo más bien, y a las personas que trabajan conmigo les digo esto:

—Si quieren hacerse un favor, hablen conmigo de manera directa, no me ofende, al contrario, aprecio que no me anden con rodeos, aprecio que me vean a la cara y me digan lo que tienen que decirme.

La gente que da muchos rodeos me impacienta, me irrita y reacciono mal a ellas. ¿Qué hace que las personas actúen así? El temor probablemente a una personalidad fuerte, invasiva, reactiva; hay quienes no pueden con alguien así y entonces optan por no contradecirle.

Pongamos esto en un contexto de un matrimonio, de una relación de amistad, donde se supone que entramos en igualdad de condiciones, imagínate que seas el jefe y tus subalternos no hallan el valor de contradecirte; imagínate tener un cónyuge y éste no tiene el valor de contradecirte, porque le teme a tu reacción.

Otra razón por la que nadie puede contradecirte

es porque estás controlando; controlamos a las personas de dos maneras: conscientemente, como una estrategia, una especie de artimaña y subterfugio para relacionarse con los demás y la otra manera es inconscientemente, pero lo cierto es que las relaciones que son controladas por alguien, obviamente son enfermizas, no saludables, no balanceadas, no tendrán buenos frutos, no tendrán un producto final del cual todos se sientan satisfechos.

En tercer lugar puede ser que no te contradicen porque te tienen commiseración. A veces por lástima no queremos contradecir, pero tú no puedes pedirle a los demás que carguen con tu fragilidad, esto es algo que hay que aprender en la vida y mejor temprano que tarde, lo cierto es que no podemos pedirle a los demás que estén cargando con nuestra fragilidad.

¡Qué situación más indigna! que no te contradigan porque te tienen lástima, porque te tienen commiseración.

Jesucristo se encontró con un individuo que hacía 38 años estaba paralítico y cuando Jesucristo le pregunta de manera simple y directa “quieres ser sano” el hombre le dice: “Pues que yo no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua, y cuando hago el intento entonces encuentro que otro llegó antes que yo y me robó el lugar”. ¿Sabes qué es eso? alguien que quiere que se le trate con commiseración.

A mucha gente le gusta que la commiseren, pero eso es de alguna manera robarle la dignidad a una persona, como que esta persona a si misma se hace daño al abandonar su dignidad. La commiseración es algo que inevitablemente vamos a tener que soltar.

¿Por qué otra razón personas podrían no contradecirte? Porque estás manipulándolas, ya

mencioné el control, ahora a esto le sumamos la manipulación, que básicamente son conductas y actitudes del mismo rango, son como ramas del mismo árbol.

La manipulación es instrumentalizar a las personas y operar sobre ellas los hilos de la manipulación para lograr que actúen como nosotros queremos. Si no quiero que alguien me contradiga actúo como que estoy enojado, eso es solamente una forma de manipulación para que no se me acerquen a reclamarme, a aconsejarme, para corregirme con justo derecho.

No quiero que nadie me contradiga entonces me hago el deprimido, me vuelvo enfermo para que nadie ose pensar contradecirme, son formas de manipulación. También se manipula partiendo de los sentimientos y emociones de las otras personas, sabemos que son vulnerables entonces atacamos su vulnerabilidad para controlar de esta manera su reacción emocional y que esta reacción sea acorde a nuestros intereses, y muchas veces acorde a nuestros caprichos; por supuesto, esas personas no van a intentar contradecirte porque están siendo manipuladas.

También es posible que no te contradicen porque los estás tiranizando con tu temperamento; el temperamento es una herramienta que las personas utilizamos para protegernos, para atacar, para poder guardar distancia, para actuar defensivamente, es una forma de acorazado, de blindaje, es una forma de tirar sobre los demás el aerosol, del que se utiliza para matar bichos, hacemos una rociada sobre ellos de nuestra temperamentalidad para que allí mismo salgan huyendo.

Eso no está bien en las relaciones, no funcionan así, no pueden ser tratadas de esa manera y quien usa su temperamento para tiranizar a los demás está cometiendo un serio error.

No son pocas las relaciones interpersonales que tienen este tropiezo, esta dificultad, uno de los componentes es que no se les puede, ni levemente, decir algo diferente de lo que piensan, de lo que quieren escuchar. Los demás terminan diciendo lo que está persona quiere que le digan todo el tiempo, pero esta persona cada vez se va perdiendo más porque como no hay nadie que le pueda decir una opinión diferente, puede ser que llegue al convencimiento de que las cosas son como no son en realidad, porque está convencida, porque no sólo es que se lo diga a sí misma, sino que orquestó a todos los que están a su alrededor para que le digan lo que quiere escuchar y entonces se convierte en el centro de esas relaciones, pero siendo nada más que un tirano que manipula a los demás, esas relaciones son totalmente disfuncionales.

Nadie es tan grande como para no poder contradecirle, ahora mismo hay naciones gobernadas por gente absolutamente descalificada para esos menesteres tan importantes, tan vitales, tan críticos, y se trata de personas a las cuales no se les puede contradecir de la manera más leve siquiera.

Tú encuentras grupos enteros de personas frustradas, empobrecidas, que reclaman, pero este reclamo no prospera porque se trata de gobernantes que no quieren que nadie les contradiga. Esto es lo opuesto a lo que un buen gobernante debiera ser; yo lo que he pensado toda mi vida es que vale la pena escuchar a tus críticos.

Veamos los resultados que trae el que nadie te

contradiga: te dejarán solo en la adversidad, las personas que han estado pensando diferente de como tú lo haces, estas personas aprovecharán para darte la espalda y para dejarte solo, ¿por qué? porque la gente se cansa de estarle siguiendo el compás a una persona que no trae un buen compás, seguirle una armonía disonante a una persona por largo tiempo; la gente se cansa, al final, en el momento de la prueba, cuando tú realmente necesites a esas personas te van a dejar solo.

Otro resultado del no poder contradecirte es que no serán sinceros contigo, iqué pensamiento más vergonzoso! ¡Más triste!, la idea de que quienes te rodean no sean sinceros contigo, sólo son comparsas, están allí por temor, por interés, por cualquier razón, pero no son sinceros contigo. Cuando tú desapareces de su vista, cuando esas personas se encuentran en su propio escenario, comienzan a criticar, a murmurar, comienzan a rebelarse.

En tercer lugar, otro resultado del no contradecirte es que se cansarán de ti, ya mencioné que en la adversidad te dejaran solo y te dejan sólo porque se cansan de ti, ¿te gustaría estar rodeado de personas que arrastran los pies para relacionarse contigo? ¿Personas que se les note su expresión de cansancio, de agotamiento psicológico, mental, espiritual, emocional, de haber caminado contigo? Eso no es una bendición para nadie.

Yo ya anduve por esa ruta y no es buena, esa ruta al final te asegura sentirte frustrado, culpable, te asegura sentir que la vida no es justa, pero lo que sucede es que muchas personas no dejan que se les contradiga y por buenas que sean, por bienintencionadas que sean, están mal.

¿Qué otro resultado se puede sumar de esa resistencia a que la gente de contradiga? Cuando busques consejo honesto no lo hallarás, porque tendrás a la gente acostumbrada a decirte lo que tú querías oír.

Cuando tú digas:

—Ya no quiero comparsas, ya no quiero que me digan lo que quiero oír, porque estoy cansado de ser la persona que no debo ser.

Cuando estés en ese nivel, las personas no te van a dar un consejo honesto, porque estarán tan cansadas, estarán tan aburridas de la situación, que no querrán mover un dedo de honestidad, un dedo de sinceridad y eso será verdaderamente trágico para ti.

El otro resultado es que tú mismo te cansarás de pretender tener siempre la razón; uno se cansa de que todos le digan si, de esa pretensión absurda de tener, o querer tener siempre la razón, de pronto todos juegan un juego contigo, todos pasaron años diciéndote que sí, a sabiendas de que estabas equivocado, ellos son los primeros que se cansarán pero luego tú mismo te cansarás, comenzarás a sentirte culpable, a censurarte.

Echar vinagre en la herida

“Dedicarle canciones al corazón afligido es como echarle vinagre a una herida o como andar desabrigado en un día de frío”.

Proverbios 25:20

NVI

Hay personas que se especializan en echar vinagre en la herida, ¿de dónde sale tal concepto? del libro de los Proverbios 25:20 donde se nos dice: *“Dedicarle canciones al corazón afligido es como echarle vinagre a una herida o como andar desabrigado en un día de frío”.*

¿Puede usted imaginar lo que es cantarle canciones a una persona que está deprimida? ¿Cantarle canciones a alguna persona que está angustiada? ¿A un corazón que está dolido? Pues eso es echar vinagre en la herida, tiene que ver con cómo nos relacionamos, con cómo nosotros reaccionamos o respondemos ante el dolor ajeno.

Preguntémonos ¿Qué es echar vinagre en la herida? ¿De manera concreta cómo es que hacemos esto?

Echar vinagre en la herida es usar sarcasmo con el afligido, alegrarse del dolor ajeno, de la tragedia, no nos podemos desacreditar a ese punto, de usar el sarcasmo, que es la burla, el comentario mal

intencionado sobre las personas.

Echar vinagre en la herida también es pavonearse ante el quebrantado, ejemplo: una persona fue despedida de su trabajo y tú en respuesta comienzas a pavonearte diciéndole:

—Yo estoy súper bien, me acabo de estrenar un súper auto.

Yo tuve un cambio ministerial hace unos 17 años, me las vi muy mal, porque empezar de nuevo siempre es difícil, sobre todo cuando uno ya no es joven, y un supuesto amigo mío, alguien de otro grupo denominacional, se me acerca y me pregunta:

—¿Cómo estás hermano?

—Aquí sobreviviendo —le contesto.

Entonces hace referencia a su pastor, un contemporáneo mío y me dice:

—Pues mi pastor, y por supuesto no menciono el nombre por respeto, está ahora “viviéndola”-ese es el término que usó- ya sólo se dedica a comer del fruto de su trabajo.

Y agregó:

—Que algún día pastor vuelva a tener una iglesia representativa.

Pero lo dijo con una incredulidad que más sonaba a un comentario sarcástico, como diciendo: “tú no te vuelves a levantar”.

Me asombré, me dije:

—¿Cuántas batallas libré yo al lado de esta persona? ¿Cuántas cosas hicimos juntos para Dios? y ahora él hablándome de esta manera.

Pero el tiempo pasa. 15 años después encontré a esa persona, y también a su pastor, frustrados.

Dios me bendijo y no tengo ni remotamente las presiones que tuve cuando comencé hace 17 años

esta segunda etapa de ministerio, y a estas personas las encontré cabizbajas, insatisfechas con su situación.

Otra forma de echar vinagre en la herida es engrandecerse ante el fracasado. En esos días que lesuento, que estaba yo recomendando mi ministerio, me sentía cansado. Pues hablando de engrandecerse ante alguien que está fracasando en algo, me encuentra otro colega, un poco menor que yo pero ya un hombre adulto, está comenzando su ministerio y me invita a la inauguración de su local; yo estoy reuniendo a mis feligreses en el patio de una escuela con la Iglesia que estoy comenzando, y me dice:

—¿Cómo le va?

Le digo:

—Esto es una lucha difícil.

Y me responde:

—Nosotros tenemos tres frecuencias de radio y dos frecuencias de televisión. ¿Va a volver a hacer televisión?

No sé, —le digo— me parece que no.

Ha pasado la vida y ahora él no tiene nada de eso, o sea que él solo se pavoneó ante alguien que consideró inferior en ese momento; eso es echar vinagre en la herida. Claro que recuerdo el efecto que esto me causaba, me hacía sentir peor de como yo estaba.

¿Qué más es echar vinagre en la herida? Es hacer chistes y bromas del dolor ajeno. Hagámonos un favor, nunca nos atrevamos a reír de la enfermedad, de las pérdidas económicas, de las familiares, de los fracasos matrimoniales, porque uno nunca sabe si va a tener que pasar por esa ruta también.

Otra forma de echar vinagre en la herida es dar otro golpe al adolorido, ya la persona ha tenido el golpe de una pérdida, de un fracaso, de una derrota y entonces

querer darle el tiro de gracia, el golpe final, eso es traicionero, es malvado, perverso.

¿Qué es lo que dice la Biblia? Que un hombre cayó en manos de ladrones, lo dejaron tendido en el camino medio muerto, y pasó un samaritano, no le dio un golpe más, lo recogió, vendó sus heridas, lo subió en su cabalgadura, lo llevó a un hostal y pidió que allí cuidarán de él y lo que hubiese que pagar que se lo cobraran. O sea que dar otro golpe al adolorido es totalmente anti bíblico como conducta.

Esto es acrecentar el dolor ajeno, aumentar la aflicción de otras personas, ¿Qué los humanos podemos ser malos? Podemos serlo y muy malos en verdad, podemos actuar de una manera que antagoniza con nuestra naturaleza como seres creados a imagen y semejanza de Dios; a veces podemos ser sumamente crueles, agresivos y destructivos, yo diría malignos con nuestros congéneres.

¿Cómo evitar todo esto? ¿Cómo evitar echar vinagre en la herida ajena?

Lo primero es que hay que aprender a ser sensibles al dolor ajeno, la sensibilidad ante el dolor ajeno es lo que nos convierte en seres humanos a imagen y semejanza de Dios.

Mi esposa me cuenta que vio en la televisión un programa que a ella le asombró, dice que se trataba de unos pequeños monitos, que estaban en las orillas del río y uno de ellos quedó como enfermo y cayó adolorido. Dice mi esposa que el otro mostró una expresión de aflicción, y lo movía, lo tocaba y le pasaba la mano tratando de reanimarlo, y su mirada era totalmente de angustia; de pronto el otro se reanimó y continuaron su camino.

¿Cómo es posible que tengan más compasión que

un ser humano? ¿Cómo es posible que haya personas que se rían de la tragedia de otra persona?; por eso digo que debemos aprender a ser sensibles, a ser compasivos ante el dolor ajeno.

En segundo término hay que saber reír con quien ríe, llorar con quien llora, esta es una expresión bíblica, reír con el que ríe, llorar con el que llora. ¿Qué es esto? Es la identificación plena, empatía total para con la otra persona, si esta persona está alegre es suficiente motivo para alegrarme con ella, si algo le salió bien entonces yo me alegro también, y si esa persona se está doliendo por algo entonces hago su dolor, su pérdida, su tragedia, un poco mía también. Tiene que ver con evitar hacer sentir todavía más mal a quien ya la está pasando muy mal.

Es importante también callar para no decir imprudencias. Pienso en los amigos de Job, lo más sensato que hicieron, fue mantenerse callados por varios días. Decimos cosas absurdas a las personas, a alguien le falleció un ser querido, le visitamos en el velatorio o en el momento del sepelio y le preguntamos:

—¿De qué murió?, dijeron que es un cáncer.

Amigos, no es el momento de venir ipor el amor de Dios!, con temas así, es mejor quedarse callado, la Biblia dice que callar es parte de ser una persona que actúa con sabiduría. Pienso en los amigos de Job, nada más comenzar a hablar le comenzaron a decir que esas tragedias eran porque había pecado, que tenía que reconocer que era un pecador, un engréido, un altanero, cuando la Biblia lo describe como un hombre temeroso de Dios y apartado del mal, así que el argumento era totalmente falso.

¿Sabe cómo termina el libro de Job? Diciendo que

todo lo que dijeron era una total falsedad, lo dijo Dios y le mandó que terminara orando por ellos, tan perdidos andaban que Job terminó orando por ellos.

¿Qué más hay que hacer? Hablar solidariamente más que críticamente. Si alguien la está pasando mal ¿Crees que quiere escuchar que alguien le diga "esto es culpa tuya"? "Yo ya sabía que esto te iba a suceder", "es que tú eres un soberbio". Puede ser que todo eso sea cierto, pero ¿por qué vamos a hablarle ásperamente, críticamente? cuando podemos hablarle solidariamente.

Todos somos pecadores, todos cometemos errores, todos tenemos actuaciones que son la vergüenza nuestra, entonces ¿por qué hemos de hablarle con un tono de crítica a una persona que la está pasando mal?

También evitamos echar vinagre en la herida si impartimos fe más que desesperanza. Seamos instrumentos de esperanza, de fe, pero impartir más desesperanza, más desolación, impartir más dolor, eso no es una vocación divina para ningún ser humano.

Recuerdo a un imprudente hermano, de esto ha pasado un siglo, era todavía yo muy joven, ni siquiera era pastor pero si ya trabajaba a tiempo completo en la Iglesia. Este hermano era de otra congregación amiga y tenía la fama de que le daba palos a todo el mundo; como tenía yo algún grado de confianza y éramos contemporáneos le dije:

—Óyeme, veo que en la Iglesia la gente te tiene miedo, dicen que tú repartes palos a diestra y siniestra.

—René -me dice- es que tengo el don de exhortación.

Yo dije:

—¡Qué bonito! Llamarle un don a algo que más bien es un defecto; llamarle don recibido de Dios a algo que

más bien debiera ser su vergüenza, porque para que podamos exhortar a alguien realmente necesitamos la instrucción y la autorización de Dios, y no ser movidos por nuestra propia imprudencia, por eso el consejo: hay que impartir más fe que desesperanza.

¿Sabes amistarte en tu manera de relacionarte?

¡Cuán bueno y cuán agradable es que los hermanos convivan en armonía!

Salmos 133:1
NVI

Los seres humanos tenemos relación con quienes nos rodean, pero por razones a veces desconocidas para el individuo, algunos renuncian al elemento amistad en su manera de relacionarse, y al cercenar la amistad en su círculo de relaciones, definitivamente la pérdida es extraordinariamente triste; en adelante estas personas no disfrutan de relaciones sanas, estables y balanceadas, sino que sus relaciones resultan de una esterilidad total.

Cuando se trata de citar la Biblia en el contexto de relaciones humanas, nada como el Salmo 133, dice esa maravillosa Escritura: “*¡Cuán bueno y cuán agradable es que los hermanos convivan en armonía!*”.

Es importante que las personas sepan convivir de manera armónica, y esto es totalmente imposible si el factor amistad se amputa de la relación, de allí surge el matrimonio fracasado, relaciones laborales accidentadas y muy complejas en términos de decepción, de frustración, en ambientes ciudadanos,

donde cada quien lucha por lo suyo indiferentemente de lo que suceda con los demás.

¿Cómo saber si eres amistoso? Creo que debemos todos mirarnos al espejo de la auto reflexión y preguntarnos:

—¿Cómo nos estamos llevando con los demás?

—¿Con qué actitud nos relacionamos con nuestros compañeros de labores, subalternos?

En el contexto del hogar, ¿Qué actitud tenemos para con nuestro cónyuge, nuestros hijos y demás?

Las preguntas me parecen sumamente necesarias para saber si eres amistoso o no.

Para poder albergar una respuesta satisfactoria, hagamos toda una serie de preguntas a continuación, preguntas que al final nos darán la respuesta que necesitamos alrededor de cómo saber si eres amistoso o no.

Lo primero es responderte cómo interactúas con la gente alrededor tuyo, si tú eres una persona que no gusta de los demás, que se siente molesta y perturba a la gente alrededor, definitivamente con esto comienzas a responder la pregunta capital: ¿Soy amistoso o no?

Respuesta: No, no lo eres, porque es imposible que una persona pretenda ser fructífera en sus relaciones, es decir de amistad con los demás, y a la vez ser una persona que no gusta de tener gente alrededor.

Por lo general lo que observamos es que las personas que no gustan de tener gente alrededor, que no gustan de interactuar mucho con los demás, lo que tienen son muy pobres y escasas relaciones.

Segunda pregunta que nos ayuda a contestar la pregunta principal: ¿Hablas sin considerar mucho el tono de tu voz? El tono de la voz puede echar a la gente a huir, a correr de nosotros, o puede acercar a las

personas en un franco abrazo. El tono de la voz tiene importancia suprema en cuanto a la comunicación entre los seres humanos.

Tú no necesitas incluso usar palabras descorteses, frases de tono hiriente, con el tono de la voz basta muchas veces para hacer sentir mal a los demás, para que los demás prefieran dar la vuelta, se sientan amenazados, etcétera.

Yo al menos soy sumamente sensitivo o sensible al tono de la voz que se emplee conmigo, y no son pocas las ocasiones en que he expresado mi inconformidad con algunos de mis subalternos. Les digo:

—¿Sabes qué? no me gusta el tono que usas conmigo.

Porque para mí el tono puede ofender o puede hacer a la persona sentirse muy bien, de allí que en lo particular procuro cuidar el tono de voz y que no resulte amenazante para las personas a mi alrededor. Eso ¿cómo lo he aprendido? lo he aprendido comunicándome mal, porque los humanos lastimosamente terminamos aprendiendo más de nuestros errores y equivocaciones.

En tercer lugar: ¿Cómo saber si eres amistoso o no? Pregúntate si hablas sin que te importen las palabras que utilizas. Hay personas que no discriminan su propio léxico, son personas que se dan el lujo en un momento determinado de usar palabras incorrectas.

¡Díganmelo a mí! Yo aprendí a usar un léxico malísimo, era el individuo más malhablado, y estas cosas se aprenden de niño, cuando uno se expone a personas que se comunican de una manera pesada, agresiva.

Recuerdo yo en mis primeros días como cristiano, nos reuníamos para orar, para cantar con unos amigos,

porque fue en medio de un grupo de amistades que nos hicimos todos creyentes y siempre me reclamaban que andaba con la Biblia bajo el brazo y lanzaba esas cuatro palabrotas.

Me costó bastante, y en general en una lucha constante a lo largo de la vida, el no recurrir mecánicamente a las palabras y frases soeces cuando estaba molesto, disgustado etcétera.

Por eso hago la pregunta:

—¿Hablas sin que te importen las palabras que usas?

Pregúntate también ¿Mi círculo de relaciones es extremadamente pequeño? Cuando las personas tienen pocos, escasos o de pronto ningún amigo, esto ya es sintomático de lo que sucede con estas personas, algo está extraviado en su personalidad, algo está disperso porque normalmente todos necesitamos tener amigos.

Ninguna persona puede decir "yo no necesito de nada". Digo esto sin ánimo de ofender, si tú estás tratando de indagar si tú eres una persona amistosa o no, debes responder a la pregunta:

—¿Mi círculo de amistades es demasiado pequeño?

Si esto es así, estás contestando a viva voz que efectivamente tú no sabes amistarte en tu manera de relacionarte.

Amistarse es una actitud más que hechos, actividades, acciones; todo comienza con una actitud, la actitud de sentir que los demás aportan a tu vida, que tienen un valor que no puede ser compensado con nada más, la actitud de que necesitas de otras personas así como otros necesitan de ti, la actitud de no ser una isla relacional.

Y cuando no damos ninguna opción a una actitud amistosa en nuestra manera de relacionarnos, todo

comienza a sufrir, nuestros distintos escenarios de relación se comienzan a erosionar, por esto entiéndase matrimonio, centros de trabajo, las relaciones de Iglesia, las de vida ciudadana, etcétera. Todo se vuelve escabroso, complejo, sumamente dificultoso.

Me parece que sin una actitud amistosa, la vida no tiene mayor sentido, no tiene mayor propósito y definitivamente ningún deleite y capacidad para el disfrute de las relaciones.

Pero tienes esperanza, ¡Por supuesto que sí! Complementaremos este análisis con esta pregunta, también de orden capital, ¿Cómo mejorar tu capacidad de amistarte? ¿Cómo puedes tú relacionarte de una manera constructiva, de una manera terapéutica? De una manera que resulte una verdadera bendición para los demás y los demás de igual manera lo sean para ti.

Primera respuesta: sonríe más a menudo.

Mi esposa me sorprendió cuando me dijo algo de lo cual yo no estaba consciente. Dice ella que recuerda la primera vez en que me vio reírme a carcajada limpia; no recuerdo de qué situación se trataba, pero dice ella que veía siempre un rostro adusto, una mirada completamente seria, una persona prácticamente sin sonrisa en su expresión y de pronto irrumpí en medio de una conversación en una carcajada, sin importar nada, sin prejuicios ni complejos. Dice que ella no lo olvida, porque fue la primera vez que me vio riendo a carcajadas en nuestra vida. Hemos estado casados 42 años y no sabía que yo era un tipo que no me reía.

Por lo general son cosas que le enseñan a uno, ¿no es cierto?, decimos que nos conocemos pero lo cierto es que no nos conocemos tanto como lo afirmamos, pero los demás tienen la capacidad, o adquieren la capacidad, de ver lo que nosotros no podemos ver en

nuestra persona.

¿De qué otra forma mejorar tu capacidad de amistarte? Haz una revisión general de tu léxico relacional, porque puede ser que tú en algunas situaciones usas el léxico inapropiado.

Conozco personas, por ejemplo en la Iglesia, se paran en el púlpito y participan del servicio a Dios, de cara a la comunidad cristiana a estas personas se les admira, se les quiere, y cualquiera se cambiaría con ellos excepto su mujer, sus hijos, que ven en esta persona cierta situación de hipocresía, porque resulta que en la casa es de un modo y en la iglesia es de otro.

Hay personas que en su trabajo recibirían un premio a la persona más amable, al empleado más exitoso en sus relaciones intra laborales, pero resulta que en su casa el hombre parece un “bulldog”, está ladrando todo el tiempo.

¿Qué sucede con esta persona? Necesita hacer una revisión general de su léxico relacional, cómo es en los distintos escenarios, de pronto puede descubrirse que en uno de sus escenarios está relacionándose mal y su forma de relacionarse es negativa.

¿Cómo descubrir tu capacidad de mejorar? debes descubrir si estás expresando rechazo involuntario, a veces estamos rechazando a las demás personas y no nos damos cuenta.

Quienes crecimos en una atmósfera de rechazo, censura, replicamos el modelo de esos escenarios de procedencia ya siendo adultos y expresamos bastante rechazo y censura a los demás, sin advertirlo, por eso debemos indagar si estamos expresando rechazo involuntario o inconscientemente, a aquellas personas que nos rodean.

¿De qué otra manera puedes mejorar tu capacidad

de amistarte? Indaga también si estás expresando juicios o crítica a los demás.

La crítica, el juicio, tienen también parte en todas esas aristas, sobre todo si son constantes. En sí se desprenden, no de errores que la gente comete, sino de la actitud que tenemos para con ellos; es decir, el crítico está buscando, no porque te estás equivocando, sino porque es su actitud juzgar día y noche. Tú no haces nada bueno para esa persona, porque esa persona juzga, critica todo el tiempo.

Y también debes dejar de tomar tan a pecho las cosas, las personas, la situación. No tomar las cosas tan en serio, no tomar las cosas tan a la trágica.

A veces uno mismo tiene que restarse importancia, para así no tomar tan en serio lo que a veces la gente le dice, la manera de pronto descuidada en que las personas dicen las cosas.

¿Me saco la espina, o no? (El dilema del desquite)

"No tomen venganza, hermanos míos, sino dejen el castigo en las manos de Dios, porque está escrito: «Mía es la venganza; yo pagaré», dice el Señor".

Romanos 12:19

NVI

Es una pregunta que nos hacemos cada vez que nos sentimos ofendidos, agravados por alguien, nos preguntamos:

—¿Me saco la espina o no?

Esto tiene que ver con el dilema del desquite, el dilema de la venganza; los seres humanos, no estoy seguro si decir que por naturaleza, pero pareciera que es inherente a la condición humana, buscamos el desquite o alguna forma, aunque sea velada, de venganza, cuando alguien nos ha ofendido, nos ha traicionado.

En Romanos 12:19 la respuesta viene de golpe por parte de San Pablo, dice él en esa Escritura: *"No tomen venganza, hermanos míos, sino dejen el castigo en las manos de Dios, porque está escrito: mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor"*. El dilema queda espiritualmente resuelto, pero no queda resuelto en nuestro interior.

Cuántas personas habrán leído esta Escritura y

no obstante, todavía se debaten entre el deseo del desquite, de devolver mal por mal, maldición por maldición, de sacarse la espina que alguien les ha clavado en el costado.

¿Qué nos impele a intentar sacarnos la espina? ¿Qué es lo que nos mueve? ¿Qué es lo que nos arrastra a tratar de sacar una espina y de desquitarnos de aquel o aquella persona que nos ha ofendido?

Como primera respuesta nos impele a intentar sacarnos la espina nuestro sentido de justicia, no tiene que ser una esencia perversa lo que nos mueva hacia el desquite, hacia sacarnos la espina; no tiene que ser una cosa maligna, malsana, simplemente todos los seres humanos tenemos un sentido de justicia, acertado en algunos casos, desacertado en otros, el sentido de justicia de cada persona se deriva de los valores que haya adquirido.

Si la persona tiene buenos valores, su sentido de justicia tiende a ser justo, equilibrado y balanceado, pero si esta persona tiene valores retorcidos, obviamente su sentido de justicia es inclinado a la venganza.

Lo aconsejable definitivamente es abandonar esa fuerza interior que nos dice "es justo que yo me defienda", "es justo que yo me desquite", "y es justo que la otra persona sufra", ya sea alguna vergüenza, una tortura, de algún modo sufra un fracaso, tragedia etcétera.

En segundo término nos impele a intentar sacarnos la espina el dolor y el resentimiento; el dolor que también es producto de las injusticias que vivimos, de las heridas que recibimos, de los golpes que recibimos en el camino y por eso el dolor por lo general evoluciona y se traduce en resentimiento. El dolor

como dolor es simplemente una reacción humana, el resentimiento esconde el dolor, entra en un estado de contaminación, de pudrición, entonces aquello se convierte en un reciclaje.

Se entiende que sintamos dolor cuando alguien nos ofende, alguien nos maltrata, pero el dolor debiera sanarse en cualquier circunstancia que estemos hablando; cuando el dolor se queda, como esas pequeñas fuentes que se colocan en distintos ambientes, donde va subiendo y bajando la misma agua, así es el resentimiento, es el reciclaje del dolor y cuando caemos en ese círculo viciado del resentimiento por lo que nos han hecho, es entonces donde comienza a fraguarse en nuestra mente que tenemos que desquitarnos, tenemos que sacarnos la espina.

En tercer lugar nos impele a intentar sacarnos la espina nuestro sentido de decepción, de todas las lastimaduras que un ser humano puede experimentar, hay dos que me parecen son sumamente duras en términos de sus efectos: una es el rechazo, el rechazo produce efectos devastadores en el individuo y lo otro es la decepción; la decepción particularmente viene cuando tú has admirado a alguien, has puesto tu corazón, tu confianza, tu lealtad, tu fidelidad para con alguien y esa persona te decepciona; al final mostró ser alguien diferente, alguien totalmente alejado de la imagen que tú tenías de esta persona; entonces entras en un estado de decepción y si hay algo que lastima interiormente, es sentirse decepcionado por alguien que uno ama, admira, o ha seguido en términos de liderazgo.

En cuarto lugar también nos impele a tratar de sacarnos la espina la traición; esto está emparentado

con la decepción. La decepción es un término de condición mucho más amplia porque uno puede sentirse decepcionado por tantísimas razones ¿no es cierto?, uno puede sentirse decepcionado en términos de amor, de amistad, de una mala sociedad de negocios, se puede también sentir decepcionado en términos espirituales, un líder espiritual que te defrauda.

La decepción puede experimentarse en distintos escenarios y por distintas causas o razones pero la traición es algo bien específico, la traición es cuando alguien en quien tú confías te clava el puñal por la espalda, te engaña, esa persona malintencionadamente organiza toda una situación de tal manera que tú caigas en alguna especie de trampa, y esa persona te traicionó, te entregó a tus adversarios o te entregó a alguna forma de destrucción o de fracaso. Cuando esa molestia de sentirse traicionado te invade, eso comienza a ser como un motor que se comienza a calentar y a moverte a tratar de sacarte la espina que esa traición te ha dejado.

Es difícil ser maltratado de alguna manera, ser lastimado, y tener al alcance al autor de semejante mal; tenerlo todavía al alcance genera en nosotros una tentación, tiene que ver esto con el dilema del desquite, te preguntas:

—¿Procedo a la venganza o no? ¿Qué hago?

La Biblia nos responde, no en uno sino en múltiples pasajes, a este dilema, nos dice: “*No tomen venganza, hermanos míos, sino dejen el castigo en las manos de Dios, porque está escrito: «Mía es la venganza; yo pagaré», dice el Señor*”.

No es que no te saques la espina porque eres un pusilánime, un cobarde, miedoso, ¡No! quizás tú eres

más fuerte que tu adversario, quizá tu adversario te clavó la espina por la espalda porque de frente no hubiera tenido el valor de hacerlo.

Me he enfrentado a cobardes a lo largo de mi vida, personas que prefieren escribir un papelito y mandarlo anónimamente o decir a la espalda una opinión malintencionada, etcétera. Creo que a veces las personas que nos afectan, si lo hicieran de frente no tendrían el valor de hacerlo, porque se trata de gente cobarde. Pero no se trata de si son cobardes o no, o de si tú eres más fuerte que ellos, no debes llevar a cabo la venganza por una sola razón: si tú te vengas le quitas el lugar a Dios, usurpas el lugar de quien realmente puede dar la paga completa, “yo pagaré” dice el Señor”.

Me parece más que suficiente razón como para dejar que lo haga Dios; Dios se encargará de meter sus manos llegado el momento. No obstante, es un dilema, porque tú puedes conocer esta Palabra y aun así cada vez que miras a tu adversario tú sientes el dolor, el malestar, el deseo de tomarle del cuello; para esto no hace falta ser un malvado, simplemente hace falta ser un ser humano.

La gran pregunta es:

—¿Vale la pena hacerlo? ¿Vale la pena intentar sacarnos la espina?

No, porque hacerlo nunca satisface interiormente, es un misterio pero el desquite humano nunca satisface, tú quizás le vas a devolver un importe mayor a la persona que te ofendió, quizá le vas a hacer un daño peor a la persona que te hizo daño, pero aunque tú le devuelvas más mal que el que te hizo, nunca quedarás satisfecho interiormente, es porque el ser humano no fue creado con el propósito de la

venganza.

Mira solamente a Caín, se desquitó su mediocridad asesinando a su hermano Abel, y él mismo describe lo que le va a pasar de aquí en adelante, "andaré errante por el mundo"; lo que está diciendo es: "no me satisfizo de ninguna manera matar a mi hermano, es más, me siento peor de como me sentía antes".

Segunda respuesta: No, porque ello nos coloca al nivel de quien nos haya defraudado. Pienso en la persona más mala que he conocido, ¡y asómbrense! la persona más malvada que he conocido la conocí en el escenario eclesiástico, no en la calle, no en el mundo, ¡en la iglesia! Y todavía me parece que es la persona más mala que he conocido. Fraguó por años el mal en contra mía, por años estuvo esperando agazapado el momento, incluso buscando un séquito de seguidores, estuvo años en esto, nunca me dio abiertamente la cara de enemigo.

Cuando esta persona logró su cometido, porque logró hacerme daño, logró mover voluntades, criterios, para hacerme daño, yo encontré herramientas con qué devolverle el mal, con qué destruirlo, ¿pero sabe? Dios me mostró que entonces él y yo seríamos iguales, seríamos semejantes, y bajo ese argumento Dios me convenció a deponer mi deseo de sacarme la espina con esa persona. Precisamente lo que te estoy aconsejando es que no vale la pena sacarnos la espina porque con ello uno se coloca en el nivel de aquellas personas que te han tratado injustamente.

En tercer lugar no vale la pena sacarnos la espina porque es contradecir la Palabra de Dios, es tirar puñales sobre nosotros, es tirar piedras al aire sobre nosotros, ¡nos caerán sobre la cabeza!, definitivamente no podemos contradecir la Palabra de Dios. No hay

nada que pueda llevarnos al punto de contradecir la Palabra de Dios.

No puedo olvidar el caso de una pareja de pastores en otro país, que estaban cruzando una mala etapa de vida matrimonial, y uno de ellos se encaprichó y ante mi argumento de “tú sabes que lo que dice la Palabra de Dios”, me dice:

—Aunque Dios me lo diga, no lo haré.

Me levanté y le dije:

—Como consejero, creo que estoy perdiendo el tiempo.

¿Por qué? porque esa persona estaba contradiciendo y contraviniendo la Palabra de Dios.

Otra razón por la que no vale la pena sacarse la espina es porque genera malignidad en nuestra persona interior. ¿Quieres podríte por dentro? ¿Quieres comenzar a generar factores cancerígenos que te van a comer y te van a destruir espiritualmente? comienza desquitarte de tus adversarios, vas a generar malignidad en tu persona interior, te vas a podrir por dentro. No tiene sentido que tratando de desquitarte, termines tú peor que tu adversario, termines con una grave enfermedad y esa persona feliz, viviendo su vida mientras tú estás en un proceso de pudrición interior.

Y finalmente no vale la pena porque hacerlo nos denigra moralmente. Cuando una persona decide que se va a vengar, que se va desquitar, que se va a sacar la espina, se rebaja a si misma moralmente, ya no tiene argumentos porque ya no tiene una base moral para juzgar a sus enemigos.

Cuando actúas como Dios quiere, tienes toda la base moral para decirle:

—Dios, trata con mis enemigos, Dios librarme de mis enemigos, Dios, como dicen los Salmos, hazme

justicia de mi adversario.

Pero si tú eres tan malo como ellos, si eres tan buscapiéritos, tan contencioso como ellos, tan maligno, tan intrigante, entonces no vengas a meter a Dios en esto porque tú te has denigrado moralmente.

Gente que apaga la voz de Dios en otros

“Eliab, el hermano mayor de David, lo oyó hablar con los hombres y se puso furioso con él. Le reclamó: -¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Con quién has dejado esas pocas ovejas en el desierto? Yo te conozco. Eres un atrevido y mal intencionado. ¡Seguro que has venido para ver la batalla!”

1 Samuel 17:28

NVI

La verdad es que tenemos una responsabilidad y a la vez un desafío y es algo muy personal, muy particular de cada uno y es asegurar que estamos oyendo las voces correctas y particularmente, que estamos oyendo la voz de Dios. Pero dentro de esa dinámica de desafío surgen voces, opiniones, criterios, que en algunos casos crean confusión en nosotros y que son voces que apagan la voz de Dios en nuestras conciencias.

En 1 Samuel 17:28 se lee lo siguiente *“Eliab, el hermano mayor de David, lo oyó hablar con los hombres y se puso furioso con él. Le reclamó: -¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Con quién has dejado esas pocas ovejas en el desierto? Yo te conozco. Eres un atrevido y mal intencionado. ¡Seguro que has venido para ver la batalla!”*.

Atención a la frase “yo te conozco”, la gente que apaga muchas veces la voz de Dios en nuestras vidas, es una gente que se arroga el derecho de decir “yo te

conozco".

¿Hay alguien que conozca a otra persona en un sentido total y absoluto?

¡Por supuesto que no! El único que nos conoce realmente como somos es Dios, ni siquiera uno se conoce lo suficiente asimismo, para que encima venga alguien a decir "yo te conozco".

Eliab le dice a David: "*Yo te conozco, eres un atrevido y un mal intencionado ,seguro que has venido para ver la batalla*". David está en esa situación, en ese momento histórico y en ese escenario particular, básicamente promovido por la voluntad divina, David no lo ha planeado de esta manera, pero sucede que en esos días, su padre tuvo el deseo de saber cómo estaban sus hijos, que estaban en el campo de batalla acompañando al rey Saúl, entonces David va por aparentes circunstancias de un orden natural y sin mayor significado, pero es la voz de Dios, porque a esas alturas nadie sabe que David va para acabar con el gigante Goliat, que está humillando a los ejércitos del rey Saúl y a los ejércitos del Señor de los de los cielos y sobre todas las cosas.

Así es, hay gente que juzga las cosas de determinada manera y se atreven a decir qué es y qué no es, esto es un claro ejemplo de gente que apaga la voz de Dios en otros.

Yo me pregunto:

—¿Qué hubiera sucedido si David le hace caso a su hermano y se retira del campo de batalla?

Afortunadamente en el texto se lee más adelante que David no le hizo caso y se apartó de su hermano.

¿Cómo alguien puede apagar la voz de Dios en otra persona? ¿Qué es lo que suele hacer la persona que apaga la voz de Dios en otros?

Estas personas suelen etiquetar al otro, mermando de esa manera sus posibilidades; noten lo que le dice el llamado hermano mayor a David, le dice “yo te conozco”, es una etiqueta puesta sobre David, es decirle “tú eres uno de esos que quiere andar metiendo las narices donde nadie los llama, tu aquí has venido a divertirte”, cuando nada de esto es diversión, en realidad ha etiquetado a David y por supuesto que si David acepta la etiqueta de “eres un atrevido”, va a perder las tremendas posibilidades que Dios tiene para él.

Se apaga la voz de Dios en otra persona también si nunca ves la virtud de esa persona, si solo te dedicas a verle su defecto. Hay gente que por tus virtudes nunca te va a decir nada, ¡absolutamente nada! pero tus defectos te los van a decir todos. Nosotros tenemos que darnos cuenta de que no todo mundo nos pesa bien, algunos ponen balanza falsa en ese sentido y entonces pesan o se dedican a pesar más bien nuestros defectos que nuestras virtudes, es como que para esas personas nosotros carecíramos de virtud alguna.

¿Cómo alguien apaga la voz de Dios en otra persona? con santurronería, creyéndose mejor que el otro; en el caso de Eliab, cree que es mejor que David porque “estoy en el campo de batalla y estoy arriesgando mi vida, éste sólo es un mozuelo que anda aquí de paseo, este no sabe que yo ya estoy curtido por la vida, es solo un mozalbete”.

Hay personas que se creen mejores que el resto, el santurrón es así: el santurrón es mejor, es más entregado, es más consagrado, es más y es mejor que el resto. Tú debieras reconocerlo como la persona que apaga la voz de Dios en los demás.

También la persona que suele apagar la voz de Dios

en otros actúa de esta manera: vive del pasado en lo que respecta a los errores del otro, no es que vive del pasado para sacar lecciones del pasado, vive en el pasado solamente para restregarle en la cara algo al otro o a los demás; el pasado es como el tacho de basura donde se ayuda para encontrar siempre algo putrefacto, algo maloliente con lo cual humillar o mermar a la otra persona.

Mira como este hombre le habla a su hermano, asumo que un hermano mayor está para cuidar al menor, pero le dice “yo te conozco, eres un atrevido, un mal intencionado”. Es alguien que puede ser que se haya remitido al pasado, a las típicas travesuras de un pequeño; si uno tiene por compañía un hermano mayor que solo está para sumarle los errores, sean estos grandes o pequeños, para tener un hermano así, una compañía así, mejor estar solo.

Alguien que apaga la voz de Dios en otros también suele caracterizarse por tener un enojo o un resentimiento acumulado ya que esto es un combustible. Es el caso de David con sus hermanos, con su hermano mayor en particular.

Es la historia de José, los hermanos de José tenían un resentimiento gratuito con él, ¿Por qué? José tenía aires de grandeza, según ellos, porque José tenía sueños donde se miraba bendecido, se miraba exitoso, eso despertó el desprecio de sus hermanos, el rencor, de tal manera que hubo un momento en que buscaron quitarle la vida.

Es nuestra responsabilidad discernir las voces alrededor nuestro, no importa cuán autorizada parezca una persona, tenemos nosotros que vigilar que esas voces no terminen apagando la voz de lo que Dios nos dice en nuestra conciencia, de lo que Dios nos

dice en nuestros corazones, esto es responsabilidad individual.

Desde que se creó al ser humano sobre la faz de la tierra, venimos en ese debate sobre qué aceptar, qué no aceptar, de allí que el apóstol Pablo haya tenido que aconsejar que debemos nosotros discernir en este sentido, debemos de tomar lo bueno y debemos de desechar lo que no nos conviene, que no nos edifica.

Muchas veces con la mejor intención intentamos hacer algo bueno pero la gente lo toma mal y terminamos haciendo como dice el dicho “un feo”; todo esto se debe a que la gente malinterpreta nuestras intenciones, nuestras acciones, nuestras palabras, y dentro de ese proceso de mala interpretación, sea esta con mala intención o sin ella, estas personas apagan la voz de Dios en nuestros corazones.

¿Cómo reaccionar ante alguien así? ¿Cómo reaccionar frente una persona que conscientemente o no, está apagando la voz de Dios en ti?

No tomes al cien por ciento todo lo que dice, si te comes todo lo que esa persona quiere, obviamente te vas a indigestar. ¿Dónde está la persona cuyas opiniones son certeras todo el tiempo? ¿La persona que nunca se equivoca? ¿La persona infalible? Esa persona no existe, todos cometemos errores de apreciación, todos de interpretación, de percepción, tú no puedes tomar al cien por ciento lo que alguien te dice, reiterando las palabras de San Pablo, tú tienes que retener lo bueno y desechar lo que no te edifica.

Necesitas además no permitir que esa persona te controle con su opinión y con sus dichos. Las palabras son una de las principales herramientas para controlar a otra persona, con palabras se puede intimidar a alguien, se puede atemorizar a alguien, con palabras

se puede botar la autoestima de alguien, se puede robar la esperanza de alguien, se puede dañar la otra persona. Las palabras son una herramienta que por ello es que dice la Biblia que la vida y la muerte están en poder de los dichos y que dependiendo de cómo usamos los dichos eso terminaremos nosotros comiendo.

Tampoco vivas por debajo de su juicio y de su crítica, ¿Qué te estoy diciendo? ¿Que no aceptes críticas de nadie? ¡Por supuesto que no! ¿Estoy diciendo que no aceptes opiniones de otras personas, que te vuelvas una persona cerrada, totalmente obcecada, que no admitas nada de otras personas? ¡Por supuesto que no!, pero una cosa es escuchar la opinión y tomar la libertad de decidir si tú la aceptas o no y otra cosa es vivir bajo el yugo de la crítica y de la opinión de otra persona.

Para que alguien te critique o te juzgue mal ni siquiera necesita conocerte. Sé de personas que en lo personal nunca les he saludado, pero si he escuchado sus críticas, son personas que en razón de que soy una persona pública, se toman la libertad de expresar cualquier opinión, en algunos casos desfavorables acerca de mi persona.

Yo digo: ¡Qué absurdo!

Frente a una opinión así mándala al basurero, porque la opinión sólo puede ser escuchada por dos razones: la opinión de alguien que aunque no te conoce tiene una gran experiencia, o escuchar la opinión de alguien que opina porque te conoce, por lo demás tú no puedes permitirte vivir bajo el juicio y la crítica de esa persona.

¿De qué otra manera de reaccionar ante una persona que apaga la voz de Dios en ti? Debes

aprender a buscar la voz de Dios por ti mismo. Yo soy un convencido de que las personas terminan más oyendo al hombre que a Dios. Son aquellas personas que no se han disciplinado a buscar la voz de Dios por sí mismos.

Corren tiempos en los cuales todo mundo está buscando quien le dé una palabra, quieren una palabra para decidir sobre su trabajo, sobre sus hijos, sobre los negocios; no estoy en contra de esto, yo creo que un profeta te puede dar una palabra de Dios, ipor supuesto! yo mismo he sido profeta para otros, pero lo que estoy diciendo es que hay personas tan débiles de conciencia y con una voluntad tan debilitada también, que les resulta más barato ir y que otro les hable en nombre de Dios, que buscar un lugar donde encontrar la voz de Dios.

Por supuesto, buscar la voz de Dios por mí mismo me va a costar más, toma más tiempo. No pongo la responsabilidad en el profeta, pongo la responsabilidad en aquellas personas que son holgazanes espirituales, que son personas que nunca buscan a Dios, que son personas fantasiosas y que buscan que alguien les resuelva la situación, o por lo menos tener a quien echarle la culpa si la cosa resulta mal.

Esas personas tienen que aprender a buscar la voz de Dios por sí mismas, porque de lo contrario, les sucederá que alguien les va a hablar en nombre de Dios, pero esa palabra más bien apagará la verdadera voz de Dios en su vida.

¿De qué otra manera reaccionar? debes aprender a decir “voy a ver qué me dice el Señor”.

Hace un tiempo alguien me dio una palabra, le dije a esa persona:

—¿Sabía usted que es mi responsabilidad juzgar una

palabra que recibo? Voy a ir a ver qué me dice Dios.

Y no es mala crianza, no es ser descortés, tú tienes una responsabilidad y esa responsabilidad es decir:

—Permítame ir a ver qué es lo que Dios me dice a mí.

Tercera parte

**No es lo que dices,
sino cómo lo dices**

Mi comentario final

No es lo que dices, sino cómo lo dices

A lo largo del libro he tratado de compartir la idea de que es imprescindible decir lo que se piensa. Más aún, he procurado llevarte a un contexto más profundo y comprometido que es, no solo decir lo que tienes derecho a decir, sino a comprometerte a decirlo como se debe.

¿Y cómo decir lo que se piensa? Considerando a los demás, en el sentido de que nunca decir lo que se quiere, justifica herir, ofender y defraudar a las personas, iaun a quienes parezcan merecerlo! De ahí la frase “No es lo que dices, sino cómo lo dices”.

Si tú te comprometes con esta frase, puedes estar seguro de que tu comunicación mejorará y con ello aliviarás muchas tensiones en tu interacción con otros y ahorrarás también innumerables conflictos.

